

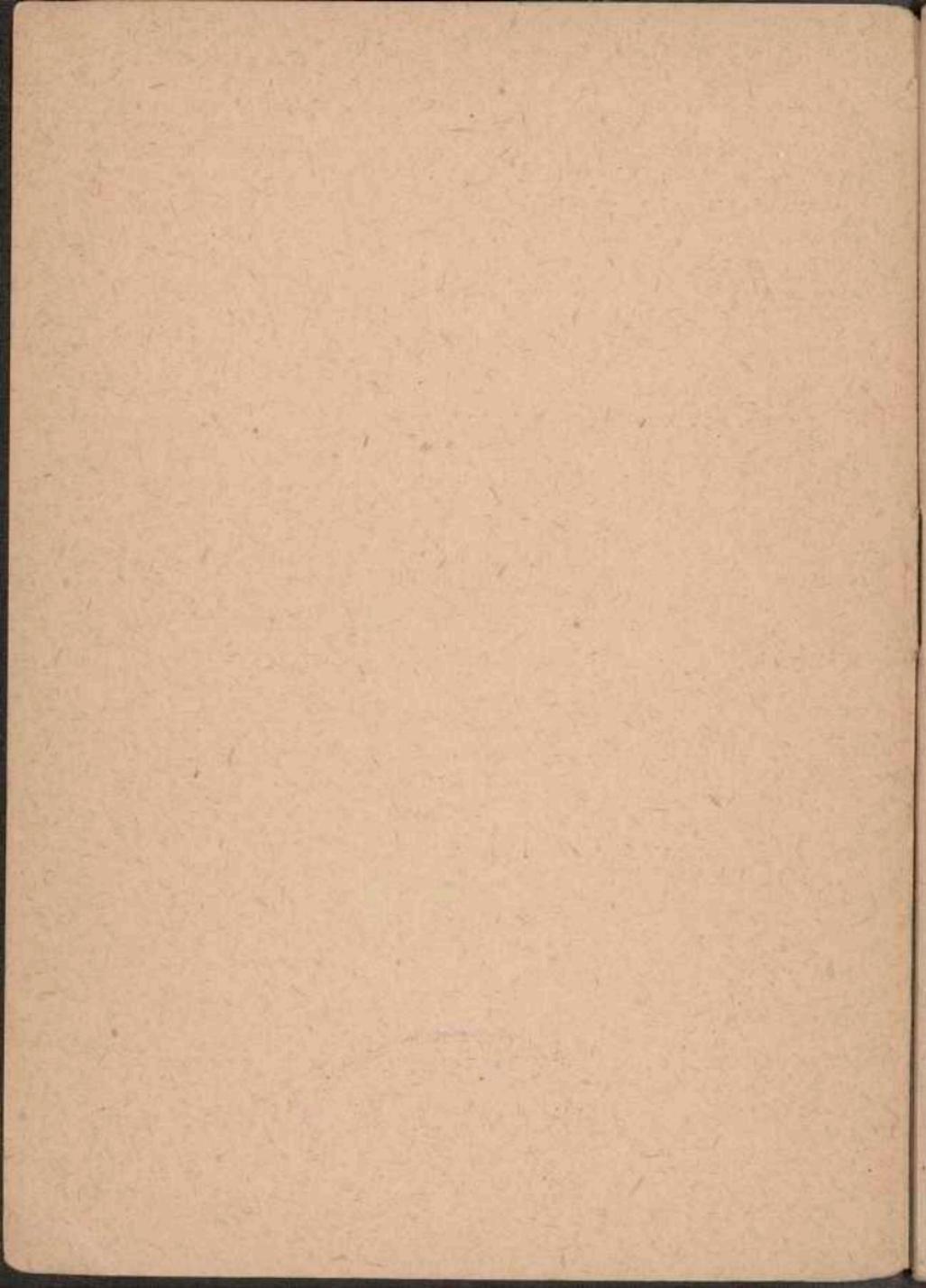
Semblanzas Sacerdotales

Treinta y siete años de Párroco

(Don Hermenegildo Tobías y Ruiz)

Cura Párroco de San Asensio





T 354.061

R
12857

Semblanzas Sacerdotales

Treinta y siete años de Párroco

(Don Hermenegildo Tobías y Ruiz)

Cura Párroco de San Asensio



**Gobierno
de La Rioja**

Desarrollo Económico
e Innovación

Dirección General de
Cultura y Turismo

Biblioteca de La Rioja



12281796

Revista y Anales de la Universidad de Buenos Aires

(Revista de la Universidad de Buenos Aires)

La Universidad de Buenos Aires

Editorial
de la Universidad
de Buenos Aires



Impreso en la Universidad de Buenos Aires

1950

VITORIA.—Imp., Lib. y Enc. del Montepío Diocesano.

A modo de introducción

EL OBISPO de Calahorra y La Calzada

M. I. Sr. D. Fernando Bujanda,

Rector del Seminario Conciliar.

Mi querido señor Rector: Devuelvo a V. con la autorización para publicarlas, las cuartillas de la semblanza sacerdotal del párroco diocesano, de venerada memoria, D. Hermenegildo Tobías.

Creemos que su lectura servirá de edificación y podrá hacer mucho bien.

Al Clero, en particular, ofreciéndoles un modelo, contemporáneo y de su propia casa, por decirlo así, de vida interior sobrenatural, oración, mortificación y unión con Dios, alma de todo apostolado; y de la práctica constante, abnegada, fervorosa, iluminada de caridad y de celo, superior al desaliento de las incomprensiones y aun de los fracasos, de este mismo apostolado, en las varias tareas del difícil ministerio parroquial y especialmente, en la importantísima de la catequesis.

Y a los fieles, en general, descubriéndoles algo de tanto bueno y aun heroico, a cuyo lado pasan quizás sin reparar en ello, como, por la gracia de Dios, se ha ocultado y oculta en las vidas humildes y oscuras de sus Sacerdotes; para edificación de esos mismos fieles y honra de este Sacerdocio.

Con los mejores votos por el éxito de su publicación para el logro de estos fines, le bendice con todo afecto

† FIDEL, Obispo.

Calahorra, 16 de enero de 1944.

Es de estricta justicia consignar en la portada de esta Semblanza los nombres de aquellas personas, que en su totalidad nos han suministrado los datos y demás materiales. Son estas: D. Jesús Alesón, Maestro Nacional de San Asensio, sobrino del biografiado; D. Isafas Barragán, actual Párroco de San Asensio; y los Sres. D. Ernesto Armentia, Arcipreste de Cervera, antiguo Párroco de Pedroso; D. Faustino Blanco, Párroco de Bobadilla; D. Alfredo Marrodán, antiguo Coadjutor de Pedroso y el actual Párroco D. Prudencio Cambra. A todos nuestro agradecimiento propio y el del Clero de toda la Diócesis.

Treinta y siete años de Párroco

Familia y primeros años

D. Hermenegildo Tobías y Ruiz nació en Mansilla de la Sierra, pueblo del Arzobispado de Burgos y de la Provincia de Logroño, el día 13 de abril de 1850, y fué bautizado dos días después en aquella iglesia parroquial. Erán sus padres D. Eusebio Tobías, natural de Villaverde de Rioja (Logroño) y D.^a Baldomera Ruiz, que lo era de Espejo, en Alava.

Ejerció su padre la profesión de médico sucesivamente en los pueblos de Mansilla, Badarán, Salinas de Añana (Alava), Alesanco y Baños de Río Tobía. Fueron sus hermanos Cristóbal, nacido en Badarán, 10 de julio de 1855, y fallecido en Leza, 19 de julio de 1919; Ceferina y Francisca, nacidas en Salinas de Añana, fallecida la primera en Pedroso, 11 de febrero de 1934, y León, nacido en Alesanco, 11 de abril de 1864, y fallecido en Salaredo (R. Argentina), en 8 de febrero de 1890.

Su padre falleció en Baños de Río Tobía el 8 de junio de 1879, y su madre en S. Asensio en 31 de julio de 1905, contando 77 años de edad.

Estudió el Latín en la Preceptoría de Bergüenda de Alava y después el Bachillerato civil en la Ciudad de Vitoria, haciendo para este los correspondientes ejercicios literarios los días 16, 19 y 20 de junio de 1865, y expidiéndosele el título en Valladolid, el 12 de julio de aquel mismo año.

Joven piadoso, todavía se conserva el título de Congregante de número de S. Luis Gonzaga expedido por el Doctor Manterola, Director de la Congregación, con fecha de 17 de marzo de 1867.

Ingresó en el Seminario y terminó la facultad de Teología con el 6.º año que probó en el Seminario de Aguirre de aquella ciudad, a fines de mayo de 1872. Sobre la situación de los Seminarios en aquellos días de revolución y vaivenes políticos, basten los datos siguientes:

1870. Por escasez de recursos, dice el Prelado de Calahorra, que no podrá abrir ninguno de sus tres Seminarios, Logroño, Calahorra y Santo Domingo, y autoriza a los colegiales para hacer estudios privados.

1874. No se puede tampoco abrir ningún Seminario; no se autorizan estudios privados y los que quieran seguir la carrera eclesiástica han de ir a otra Diócesis. Lo mismo sucede al año siguiente.

A los once años

Le hallamos estudiando latín en la Preceptoría de Bergüenda y con ansias de misionero. Dejemos hablar al protagonista con su candoroso lenguaje.

«Bergüenda, día 22 de junio de 1861.— Queridos padres: Me alegro de que estén buenos; yo también estoy bueno, pero he tenido una cosa con un misionero y no sé si hacerla.

»Habiendo venido ayer por la tarde un misionero, dijo estas palabras: Yo soy un misionero y vengo a convertir infieles; si alguno quiere convertirse y hacerse después Cura, Obispo o Arzobispo, puede venir al Colegio de X. Podrá venir dentro de un mes o de dos, o de un año o dos. Pero lo que hay de malo es que no puede ver a sus padres en seis años, y hay de bueno, que tienes segura la salvación; y además te dan de balde la carrera, y te visten y te calzan y te dan de comer de balde.

»Y dijo: El que es bueno, no puede ser malo; como un vestido, si yo no quiero estrenarlo, nuevo estará; pero si lo rompo, no puede volver a nuevo. Y así, si yo soy ahora malo, en convirtiéndome en sacerdote, no puedo ir a malo. Dijo que allí (en Misiones), un cura vale más que aquí un Obispo, porque ya de 18 o 20 años, tienes que ir a predicar por las ciudades, villas y lugares. Y que uno que quiera ser bueno, tiene que dejar a

sus padres, abuelos y hermanos, como hicieron los Apóstoles que, por ir con Jesucristo, dejaron a sus padres y a todos, y dijeron: Jesús, ¿qué nos vas a dar porque hemos venido contigo y hemos dejado nuestras haciendas? Y Jesús les respondió: El día del Juicio os colocaré en doce sillas en las doce tribus de Israel.

»Y añadió: Que primero estaríamos un año de prueba y que, si no nos hallábamos bien, podríamos marcharnos; que, si era por comida, que podemos comer bien. Si Vdés. quieren, en acabando la Gramática podemos pedirle el sobre al *Dómine*, y enviaremos a decir que vengan por mí.—Sin más, expresiones a todos los de casa y a la Sra. Manuela y Vdés. reciban lo que quieran de su hijo querido.—Hermenegildo Tobías.—Y que venga hoy mi padre.»

El Párroco en ciernes

Era el año 1863 y se hallaba Hermenegildo estudiando el Bachillerato en la Ciudad de Vitoria, cuando recibió de sus padres la noticia de que tenía una hermanita más. De ella toma ocasión aquel estudiante de trece años para dirigir a sus padres un discurso o sermón sobre la buena educación de la niñez. «*Si ita est causa hominis cum uxore, non expedit nubere.* Si esta carga se echa el hombre que se une a la mujer, no queremos casarnos. (Mat. XIX, II).

»Así clamaban y decían los Apóstoles a Jesucristo; después de haber escuchado de labios de su querido Maestro las verdades sobre este Sacramento del Matrimonio. ¿Qué les habrá dicho Jesús? Jesús no ha hecho más que manifestarles las grandes obligaciones que están unidas al matrimonio, en particular con respecto a los hijos.

»Sí, padres míos; grandes son las obligaciones de los casados, grande la carga que se echan sobre sus hombros, grande por lo tanto su responsabilidad delante de Dios. ¿Cuántos padres se habrán condenado por la mala educación de los hijos? ¿Cuántos padres se hubieran salvado, si no hubieran tenido hijos? ¿Cuántos se habrán condenado sin pecado propio, solo por los pecados de sus hijos, de los cuales ellos fueron la causa por no haberlos corregido a tiempo y con todo rigor?

»Por todo lo dicho pueden Vdes. comprender, padres míos, el objeto de mi discurso, que es ponerles delante de sus ojos las obligaciones que, al nacer mi hermanita, han contraído Vdes. con Dios y con la sociedad, e indicarles el modo sencillo de cumplir con ellas. Al exponer esto, no me mueve otro impulso que el deseo de que esa querida hermana, desconocida para mí, sea un modelo de virtud, un retrato fiel de la Virgen María, la felicidad de esa casa, un ángel de bendición y, en una palabra, una mujer digna de Dios y de la sociedad... y también el que Vdes. vean

como voy aprendiendo a echar sermones. Pido a Dios me conceda los auxilios de su gracia, que ilustre mi entendimiento y mueva mi voluntad para hacerlo con fruto. Ayúdenme Vdes. con sus oraciones, pongamos por intercesora ante Jesús a su queridísima Madre, la Virgen María, a la cual saludaremos con el ángel: Ave María.»

Sigue después el cuerpo de su sermón con hermosas ideas sobre el amor maternal que, si es sincero, debe buscar la verdadera felicidad de los hijos, que es el cumplimiento del deber, y no la satisfacción del capricho, y sobre las inclinaciones buenas y malas inherentes al niño. «El niño, dice, es una flor de tallo muy quebradizo: si se la deja nacer y crecer torcida hasta que ha adquirido su desarrollo, al querer enderezarla, pretendemos un imposible, porque antes que enderezarse se quiebra. Si el niño se desarrolla haciendo todos sus gustos, satisfaciendo todos sus caprichos y haciendo en todo su voluntad, al querer traerlo al buen camino, al coartar su libertad, se resistirá, se sublevará contra la autoridad paterna y será imposible enderezarle, a no ser que Dios haga un milagro,

No dejándole hacer su voluntad sino enseñándole a cumplir con su deber, saldrá mi hermana una niña amable, obediente, cariñosa con sus padres, complaciente para sus hermanos, obsequiosa y amable con los parientes, y, llegando a mujer, será modelo de obediencia, retrato de toda virtud y el ángel de la

casa, será querida y apreciada de todós, envidiada de todas, en una palabra, una mujer digna de la sociedad.»

Trata después de las obligaciones de orden religioso. «Como los primeros nombres que se enseñan a los niños son los de padre y madre, así también deben serlo los de Jesús y María. Así como la primera idea es la de que ellos son sus padres, así también deben enseñarles que hay en el cielo otros padres inmortales. Como se enseña el respeto a los padres, así también debe infundírseles la devoción a las personas de Jesús y de María. La niñez es la edad más apropiada para enseñar las verdades religiosas; no cuentos inútiles sino verdades sólidas e historias edificantes...»

«Ea, pues, padres míos: manos a la obra, que el Señor les pone delante una ocasión propicia; sigan Vdes. estas instrucciones, y verán Vdes. una niña... que llegará a ser madre ejemplar, fuente de una familia grande y virtuosa y así podrán presentarse ante el trono santo de Dios con la conciencia tranquila y después gozar de El por eternidad de eternidades. Así sea.»

Hacia el Sacerdocio

De la formación espiritual obtenida por D. Hermenegildo, en el Seminario, hablan muy alto los «Frutos de los santos Ejercicios Espirituales, para que sirvan de lectura en los

días de retiro mensual.» «Santos Ejercicios Espirituales practicados en Calahorra en 1873, como preparación para el Sacerdocio.»

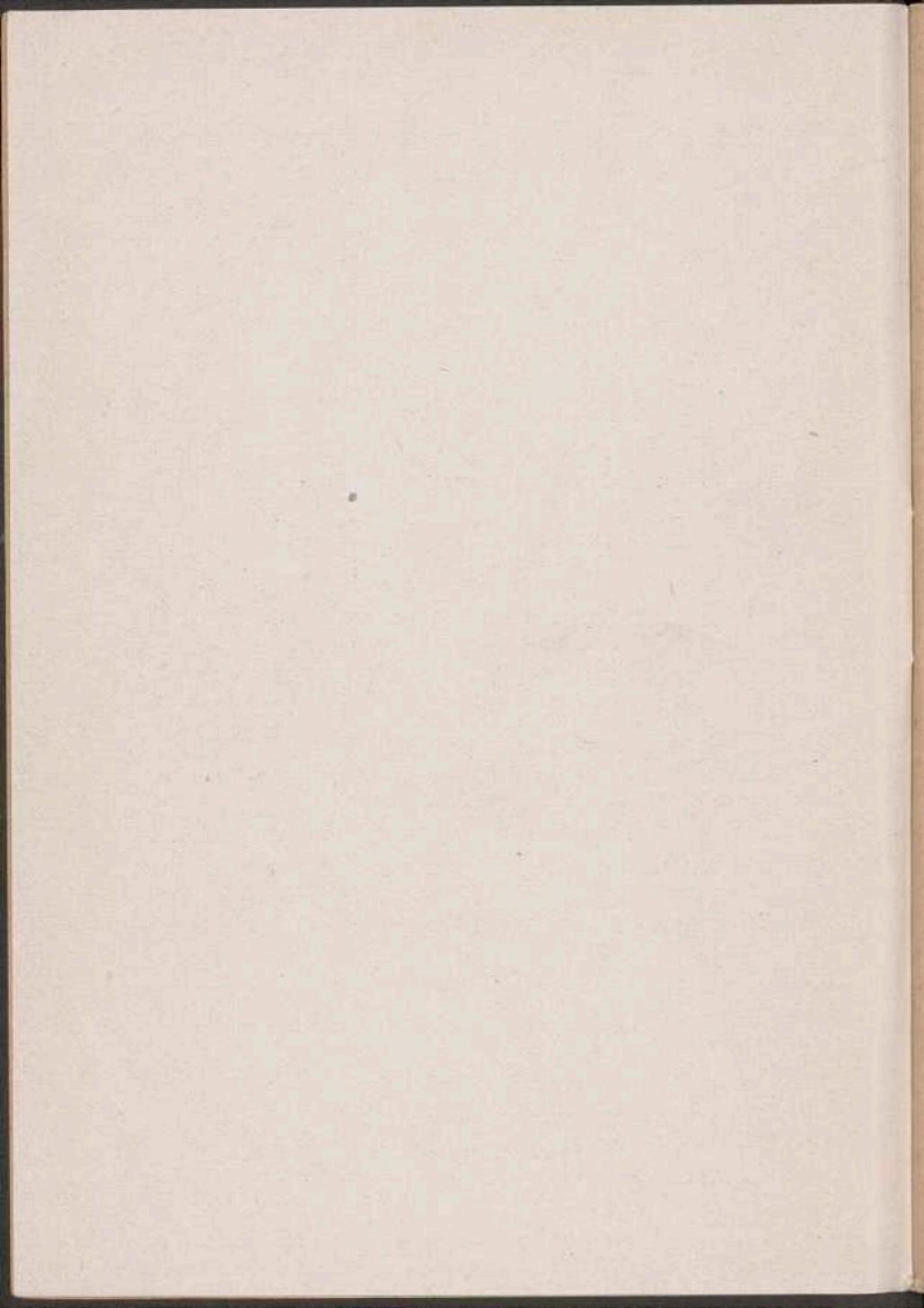
«Evitar todo pecado advertido y deliberado; huir de la ociosidad, disipación y regalo; buscar en todo la mayor honra y gloria de Dios y el perfecto cumplimiento de su santísima voluntad; acostumbrarse a acudir a Dios frecuentemente con oraciones jaculatorias; no hacer ni omitir cosa alguna por respetos humanos, por disgusto o por no sacar utilidad; al contrario, hacer en todo tiempo y circunstancia con diligencia lo que se debe sin atender a más; guardar el retiro y silencio posible, cuanto más, mejor, sin perjuicio de lo que exijan la caridad y buena educación; tener las menos conversaciones posibles con personas de otro sexo, y estas lo más cortas posible y siempre graves; andar siempre con gravedad, modestia y compostura, no dejando jamás el traje talar; rechazar con prontitud los pensamientos de vanagloria, procurando sacar de la inclinación hacia ellos motivos de humillación, conociendo cuánta es tu flaqueza y cuánta la necesidad del auxilio continuo de Dios; invocar con frecuencia, fervor y constancia a la Santísima Virgen para merecer su protección, a S. José, al Angel de la Guarda, a S. Luis, etc.» fueron los nueve propósitos de esos ejercicios a donde dirigió todos sus esfuerzos los 37 años que tuvo de vida sacerdotal.

En esos Ejercicios hizo su plan de vida que guardó constantemente con ligeras modi-



D. Hermenegildo Tobías y Ruiz

Cura Párroco de San Asensio



ficaciones de mayor perfección. «Levantarse a hora fija, siquiera hora y media antes de celebrar; meditación durante una hora, sin acortarla un minuto por sequedad o disgusto; misa dicha con gravedad, precedida de diligente preparación y seguida de media hora de acción de gracias; oficio divino rezado con toda gravedad y devoción; lectura espiritual de media hora a una, no por curiosidad, sino con deseo de aprovechar; Estudio, siquiera de cinco horas diarias; Examen particular con poco examinar y mucho formar dolor y propósito; Visita al Santísimo de un cuarto de hora, rezando poco y considerando mucho; Devociones, pocas pero bien hechas, sin tratar de aumentarlas, sino de mejorarlas; Recreo honesto, jugando solo los días de fiesta o por compromiso, pero siempre con moderación; leer o hacer que se lea en familia todos los días el Santo del día; Rosario rezado en familia todos los días y con gran devoción; Examen general antes de acostarse y preparar la meditación del día siguiente»; tales son los puntos del Reglamento de D. Hermenegildo. «No se te exige más, añade al fin, para llegar a la perfección, que guardar esta regla de vida, haciéndolo todo bien y a su debido tiempo.»

Consagraba los días de la semana en la forma siguiente: «LUNES, a las benditas ánimas del Purgatorio (a quienes sentía gran devoción), y en su honor hacerlo todo con perfección, con intención de ganar todas las

indulgencias, renovando en su favor el voto heroico, que ya de antemano tenía hecho. MARTES, al Santo Angel de la Guarda, procurando en su honor portarse de suerte que no desdiga de la dignidad de cristiano y del carácter sacerdotal. MIERCOLES, a sus protectores S. José y S. Luis, y en su honor guardar rigurosa modestia en la vista, no sólo en lo prohibido y peligroso sino también en lo lícito. JUEVES, a todos los Santos y en su obsequio hacer todas las cosas bien y con fervor y pureza de intención. VIERNES, al Sagrado Corazón de Jesús; este día hacer muchas oraciones jaculatorias, visitar más detenidamente a Jesús Sacramentado, pedirle un amor más humilde y fervoroso y un verdadero celo por la conversión de las almas. SABADO, a la Santísima Virgen pidiéndole humildad y pureza. DOMINGO, a la Santísima Trinidad, rogándole gran celo por su gloria y honra.»

No fué este Reglamento de vida un fugaz fervor de preparación a las Ordenes, sino sólido e incommovible fundamento sobre el cual supo levantar una vida sacerdotal de treinta y siete años de duración en cuanto al tiempo y de subidos quilates en cuanto a su interno valor. Como obrero diligente, todos los días de su larga vida sacerdotal, trabajó con todo interés en perfeccionar este primitivo edificio de su propia santidad.

Ecónomo de Bobadilla

Ordenado de sacerdote, y celebrada su

primera Misa, recibió muy luego el nombramiento de Ecónomo de Bobadilla, pequeño pueblo muy próximo a la residencia de sus padres, y en esta parroquia ejerció sus primeros ministerios. Administró el primer bautismo el 20 de abril de 1873, autorizó el primer matrimonio el 17 de mayo y el primer entierro el 15 de junio del mismo año. Estuvo en ella hasta julio de 1877.

Malos eran los tiempos en España para la religión y para el sacerdocio. Destituída del trono la familia real española y elegido un Rey extranjero, comenzó en 1872 la segunda guerra carlista, para terminar proclamando la primera República por 210 votos contra 12, el día 8 de junio del mismo año 1873. Reducido desde 1869 el presupuesto eclesiástico, cerrados por ese motivo los Seminarios, apesar del ofrecimiento de sus Profesores de dar enseñanza gratuita, era la misma suerte la del Clero en los pueblos.

De su paso por esta parroquia quedan los siguientes recuerdos: Mientras regentó esa parroquia, al menos durante los tiempos difíciles, vivía en Baños de Río Tobía con sus padres y hermanos y, únicamente comía o pernoctaba en Bobadilla, cuando había enfermos de gravedad o en días muy crudos de invierno.

De la religiosidad de sus padres y hermanos dan buen testimonio sus hechos; pues que, durante la supresión del presupuesto eclesiástico, sostenían ellos de su propio peculio la lámpara de esa parroquia, los gastos de sa-

cristán, cera y oblata, y demás que eran necesarios para que en ella continuase el culto debido.

Nunca le olvidaron sus primeros feligreses, como se comprobó en la extraordinaria concurrencia a sus funerales, y en el afecto con que le correspondían en sus visitas a esta parroquia. Es señalada, entre ellas, la que les hizo en noviembre de 1908, con motivo de bendecirse una nueva imagen de la Inmaculada, adquirida por la Asociación de Hijas de María. Predicó en el triduo celebrado con esa ocasión, y tanto enfervorizó a sus antiguos feligreses con la unción evangélica que brotaba de su paternal corazón, que al descubrirse la Imagen, lo vieron como transformado al calor del fuego divino que abrasaba su alma.

Poco antes de despedirse de esta parroquia, hizo unos fervorosos ejercicios en Poyanne de Francia, determinando un poco más su primer reglamento. «Sólo seis horas de descanso por la noche y una después de comer; cinco cuartos de hora en la oración por la mañana; Misa que dure unos treinta minutos; Oficio Parvo de la Virgen Santísima; visita de enfermos, todos los días a los de gravedad, dos o tres veces por semana a los que no la ofrezcan, varias veces al día, y aun no salir de la casa a los que estén en peligro próximo de muerte. Emplear media hora en el rezo de Maitines y proporcionalmente en las demás partes del Oficio Divino; recibir todas las semanas públicamente en la iglesia el Sacramen-

to de la Penitencia, para edificación de los fieles, preparándose para él por lo menos un cuarto de hora; predicar todos los días de fiesta y los domingos, exceptuados de estos, los de verano, y, en fin, hacer todos los meses un día de retiro espiritual.»

De su bondad y hombría de bien, conservan en Baños el siguiente recuerdo: Al volver de Bobadilla uno de los días, vió en el camino un objeto que su mismo hermano había perdido y lo dejó donde estaba. Su hermano, al volverse a buscarlo, ya no lo halló y, al enterarse que D. Hermenegildo pudo haberlo recogido, le reprendió por ello, lamentando la pérdida, a lo que replicó el buen sacerdote: Mira, hermano, si todos los pasajeros hubieran obrado como yo, el dueño del objeto a fé que lo hubiera hallado en el sitio donde lo había perdido.

Desea ser jesuíta

A los dos años de vida parroquial, manifestó a sus padres deseos de ingresar en la Compañía de Jesús, como se desprende de la carta siguiente, que no podemos dejar sin transcribir.

«JHS.—Julio 27 de 1875.—Padres: Ha llegado la hora de declararme a Vdes. Tengo hecho un voto a Dios; voto hecho con toda advertencia y deliberación, y es de entrar en la Compañía de Jesús, para consagrarme enteramente a Dios, a su honra y a la salvación

de las almas... Pero el voto es condicional: una parte de la condición se ha cumplido; la segunda es muy posible que no se cumpla; pero, si se cumple, no hay apelación posible. Porque Vdes. saben que «el que vota o promete a Dios una cosa buena, está obligado a cumplirla, y que el no cumplirla o dilatarla notablemente, es pecado mortal»; y Vdes. no deben pretender, y mucho menos exigir de mí que yo viva en pecado mortal.

»Sin embargo, les repito, es muy posible que la condición no acabe de cumplirse y, en este caso, el voto deja de existir, y ninguna obligación tendré entonces de entrar en la Compañía, y podré continuar con Vdes. De aquí que todo sentimiento y toda manifestación de dolor por mi marcha son prematuros; porque es muy posible que todo se quede en nada, y sería muy de lamentar que Vdes. llamasen la atención, y que el asunto se hiciese público inútilmente.

»Además, por ese medio nada van a conseguir; porque el día en que la voluntad de Dios se manifieste con señales claras y evidentes, el día en que se cumpla totalmente la condición, yo no volveré atrás, porque antes que los padres y que todo, está Jesucristo que ha dicho: «El que ama a su padre o a su madre más que a Mí, no es digno de Mí.»

»Doloroso indudablemente para Vdes. será este sacrificio; pero cien veces más doloroso es para mí; porque Vdes. se quedan juntos y en buena salud, con hijos, parientes, ca-

sa, hacienda, intereses, y yo debo abandonar y olvidar intereses, hacienda, casa, parientes, amigos, hermanos, padre y madre. A mí se me exigen cien sacrificios en uno solo, y resuelto estoy a realizarlo, por más triste y doloroso que este sacrificio sea, antes que faltar a Dios.

»Entre tanto, yo les suplico calma y resignación, porque es muy posible que todo se quede en nada. Aun en el caso de que se cumpla totalmente la condición y se haga necesario cumplir el voto, yo procuraré, en cuanto esté de mi parte, conseguir que me dejen otros dos o cuatro años en su compañía.

»Descansemos, entretanto, tranquilos en la Providencia amorosa de Dios, creyendo firmemente que todo lo dispondrá para nuestra mayor utilidad. Su hijo, ahora más rendido y obediente que nunca, les pide su bendición y perdón; si es que perdón exige el estar dispuesto a amar a Dios sobre todas las cosas, y a perderlas todas antes que ofenderle, antes que resistir a los llamamientos divinos, antes que oponerse a los designios amorosos que Dios tenga sobre mí. Soy de Vdes. el más sumiso hijo, pero después de ser humilde siervo de Dios y el más indigno sacerdote del Supremo Señor de cuanto tiene ser.—*Hermenegildo*.—P. D. Deseo y es mi voluntad que se guarde sobre esto riguroso secreto, y no quisiera en manera alguna que se hiciese esto público; sin embargo, si Vdes. quieren, pueden hacerlo saber a mis herma-

nos, a los tíos que están en casa y a los patrones de Bobadilla; fuera de estos no quisiera que nadie llegase a saberlo.»

* * *

No consta el lugar desde donde dirigió a sus padres la carta anterior; quizá pudo hacerlo desde el mismo pueblo de Bobadilla; no se sabe en que consistía la condición a que estaba ligada la obligación de su voto, y bien clara debió de ver la voluntad de Dios en contrario, pues nunca más hizo mención del ingreso en la Compañía de Jesús, aun habiendo manifestado nuevamente deseos de ser religioso.

Bien patente queda por la carta anterior, cuán bien conservaba D. Hermenegildo aquel primitivo espíritu interior que había manifestado ya en los Ejercicios Espirituales practicados a su salida del Seminario.

Párroco de Pedroso

En el concurso parroquial, celebrado en 1877 por el Obispo D. Gabino Catalina y del Amo, apesar de que D. Hermenegildo sólo contaba con 27 años de edad y cuatro de sacerdocio, le fué adjudicada la importante parroquia de Pedroso, clasificadã como parroquia de Ascenso. De ella tomó posesión el 18 de julio, firmando la primera partida el 29 del mismo.

«No son muchos los recuerdos que nos quedan de los ocho años que permaneció en esta parroquia, por haber desaparecido las familias más piadosas del pueblo que pudieran guardarlos. Preguntada una mujer de las más ancianas que hoy existe en el pueblo por la conducta de D. Hermenegildo, sólo dijo esta frase que es, en mi concepto, su panegírico más acabado: Era un señor sacerdote muy cristiano. Sí, sacerdote muy de Cristo, en su doctrina y en sus obras, en su vida interior y exterior, como puede deducirse a través de sus escritos que quedan, era D. Hermenegildo.»

«Existía en Pedroso, dice un testigo, siendo párroco D. Hermenegildo, un señor, cuyo nombre omitimos, enemigo furibundo y jurado de cuanto supiese a sacerdotes e iglesia y, como era muy natural, llegado el cumplimiento pascual de aquel año, no se acercó a confesar. D. Hermenegildo se hizo un día encontradizo con él en el campo y, a través de larga y amena conversación, le reconvino amigablemente por ello y le animó para que cuanto antes lo hiciese. El interpelado le respondió con franqueza riojana, que no comulgaba con aquellas ideas, que para nada quería a los curas y que, a decirle verdad, profesaba odio mortal aun al párroco que tenía presente. Lejos de molestarse por ello D. Hermenegildo, se fué hacia él, le estrechó entre sus brazos y le dijo: pues los sacerdotes queremos y amamos así hasta a aquellos que nos aborrecen

y odian. Acto tan sincero, paternal y espontáneo ablandó aquel corazón; al día siguiente el interesado se presentaba a comulgar después de haber confesado con su párroco propio.»

En esta parroquia no interrumpió, antes bien podemos decir que reanudó con toda intensidad sus estudios. Normalizada ya la situación del Seminario, D. Hermenegildo estudió como alumno libre, previa licencia del Prelado, primer año de Derecho Canónico en el curso de 1877-78 y segundo de esta Facultad en el curso siguiente y en el mismo curso el séptimo año de Sagrada Teología.

Nuevos deseos de ser religioso

Durante su permanencia en Pedroso, se acentuaron sus ansias de ser religioso, pero no ya en la Compañía de Jesús, sino en el reciente Instituto de Misioneros del I. Corazón de María.

El 15 de octubre de 1878, el Prelado de Calahorra decía alborozado a su Clero que había conseguido, por un favor muy especial de Dios, poner el Seminario Sacerdotal de Calahorra, que en adelante se llamaría Casa-Misión, bajo la dirección de los Padres del I. Corazón de María, quienes se ocuparían en la Diócesis, según su Instituto, en dar Ejercicios Espirituales al Clero y en misionar por la Diócesis. (B. E. 1878, pág. 307).

D. Hermenegildo acudió presuroso a prac-

ticar sus ejercicios espirituales a esta Casa-Misión de Calahorra en el verano de 1879. De sus apuntes espirituales tomamos las notas siguientes:

«Ya que por ahora no sea posible ingresar realmente en el Instituto del I. Corazón de María, quiero hacerlo espiritualmente en el modo y forma y con la perfección que me sea posible, observando sus propias constituciones, llevando el mismo método de vida y viviendo debajo de obediencia en el modo compatible con la vida del siglo y con las ocupaciones de la parroquia.»

¿Qué dificultades se oponían a que ese ingreso fuera real? Recordemos que su padre había muerto en Baños el 8 de julio de ese mismo verano y, sin duda, que él debía atender al sostenimiento de una madre viuda y de sus hermanos pequeños. Al fallecer su padre, nos dice un testigo, subieron a vivir con él a Pedroso, su madre y tres hermanos menores.

Su método de vida, era efectivamente en Pedroso el propio de un religioso o de un sacerdote ejemplar. Podían decir las ancianas que era un sacerdote muy cristiano.

«Levantarse a las cuatro de la mañana en todo tiempo con sólo seis horas de sueño; dedicar una hora a la meditación y cinco cuartos de hora más a la misa con su preparación y acción de gracias, media hora a la lectura espiritual y cinco diarias al estudio eclesiástico, rezar todos los días el Oficio Parvo a la Virgen, ayunar los viernes y sábados en ho-

nor de los Sacratísimos Corazones de Jesús y María, ejercitar de continuo la mortificación interior y exterior, practicar la pobreza en la manera que es posible a un sacerdote cuya vida no es la de un monasterio...» he ahí algunas de las ideas predominantes en estos ejercicios de 1879.

Más tarde, en 1883, Dios le había manifestado ya claramente su vocación de sacerdote secular y de párroco. «No acordarse, escribía en los frutos de 1883, de cambiar de parroquia, ni pensar en otra cosa que en ser párroco santo. Por disposición de Dios, sin tú solicitarlo ni pensarlo, en cierto modo contra tu voluntad, estás allí, en Pedroso; pues ahí y no en otra parte has de procurar santificarte. Para conseguir mejores resultados que hasta el presente, hace falta ser más diligente y fervoroso, amar más a Dios, orar más a los pies de Jesús de quien todo se ha de esperar.»

Virtudes en ejercicio

A los diez años de sacerdocio, D. Hermenegildo ejercía en grado notable las virtudes propias de un sacerdote. Veamos lo que nos dice de algunas en los apuntes de estos ejercicios.

CARIDAD. «Cuidar de las necesidades temporales de la parroquia y ver de realizar el pensamiento de atender a los ancianos, enfermos y huérfanos pobres. En cuanto al mo-

do de realizarlo, consultarlo con el director y, una vez aprobado por este, proceder con calma y prudencia, pero también con fortaleza. Vencer los obstáculos que se puedan presentar, más que todo tal vez de la familia, y sobrellevar los desprecios y contradicciones que han de sobrevenir.»

POBREZA. «Los derechos parroquiales, deducido el gasto preciso de manutención, deben considerarse de los pobres y emplearse en beneficio suyo. Un párroco santo debe reducir sus gastos y necesidades, y destinar cuanto tenga a los pobres. Es necesario, pues, desprenderse de todo lo superfluo y mirar más los intereses de los pobres y necesitados. En consecuencia, no tendrás, en adelante, sino un sólo periódico; en ropas has de contentarte con lo conveniente; evitarás los viajes que no sean de absoluta necesidad, renunciarás enteramente al juego; en la comida no tendrás regalos ni principios, sino alimentos fuertes y ordinarios abundantes y nada más; no comprar más libros; si alguno necesitas, habrás de pedir licencia al Director. Es necesario ser pobre con Jesucristo como los Santos, para morir como ellos.»

MORTIFICACION. «No olvides el consejo del Santo Cura de Ars: «Para conseguir fruto es necesario hacer penitencia.» Bueno es orar y pedir por tus feligreses; muy bueno el ofrecer todos los días las oraciones de la Iglesia, los méritos y penitencias de los

Santos, la Sangre preciosa del Redentor, por sus necesidades y por las de todo el mundo, como hasta ahora lo has hecho; pero es mejor, más meritorio y más agradable a Dios y, en consecuencia, más eficaz, unir tus penitencias y sacrificios a los de los Santos y de Jesucristo. En consecuencia, además del ayuno del viernes y sábado, lo tendrás también el miércoles y el del viernes, con abstinencia. Ya que seas de la Orden Tercera, bueno es cumplir con sus obligaciones.»

PENITENCIAS. «Tendrás más días disciplina; todos, si el director te lo aprueba, y los viernes, alguna cosa extraordinaria. Todos los días tendrás una hora de oración delante del Santísimo Sacramento; los viernes y días festivos, tendrás además el piadoso ejercicio del Vía Crucis.»

RECOGIMIENTO. «Para que no te interrumpen en el rezo, hazlo en tu habitación, a puerta cerrada, y advierte que, estando cerrado, no te llamen sino por motivo necesario y urgente. Para estar más recogido antes y después de misa, haz la preparación y la acción de gracias en el mismo altar; delante de Jesús te hallarás más recogido y devoto.»

DEBERES PARROQUIALES. «Ser en ellos exacto, constante y prudente; no desmayar ni retroceder por nada; si dicen, que digan; si se cansan, que se cansen; tú procura ser breve y ameno y predicar todos los días. Dar también importancia al Catecismo;

idear medios para estimular la asistencia a él y no interrumpirlo en ningún tiempo.»

¿Y los frutos?

De su actuación en esta parroquia, nos dice un testigo, queda un recuerdo muy bueno aunque vago, ya que las familias piadosas que por entonces había en ella han desaparecido y eran las que podían hoy dar cuenta de ello.

Se saben sin embargo, que fundó las Conferencias de San Vicente de Paúl, la Congregación de Hijas de María y la Escuela Dominical para las jóvenes, asociaciones que funcionaron con regularidad durante su permanencia.

Existía ya de antes el Hospital de Pedroso, que también funcionó durante su actuación en esta parroquia. Se conserva la fama de su caridad, sobre todo por las limosnas que dejaba en sus visitas a los enfermos debajo de la almohada.

De él también se conserva el recuerdo de la solemnidad que daba al culto para mover y atraer a sus feligreses; era sobre todo nombrada la Semana Santa de Pedroso, a la cual logró arrastrar a los pueblos de estos contornos.

Algunas gentes, que conocían algo de su vida, decían de él que estaba siempre de Témperas, pues ayunaba los miércoles, viernes y sábados. No variaba, dicen sus familiares, de

comida en todo el año, ni en fiestas, ni habiendo visitas; aunque ponía grande interés en obsequiar a los demás, él siempre tomaba la comida humilde que puede adivinarse a base de legumbres y manjar ordinario. No tomaba licor alguno, sino es un poco de vino corriente a las comidas; nada pedía, ni hacía indicación alguna referente a la mesa.

Apesar de vida tan ejemplar, parece que no logró de su parroquia el fruto que ansiaba. En los últimos ejercicios que hizo estando en Pedroso, el año 1884, se adivina la amargura de su corazón, ante lo que él llamaría esterilidad de sus ministerios.

«Jesús, escribe, durante su vida, se vió despreciado, humillado, aborrecido, tentado, y no ha de ser el discípulo de mejor condición que el maestro. Jesús llevó una vida la más santa que darse puede y nadie se ocupó de él, sino es para despreciarle, como al hijo de un carpintero; busca tú la paz en la vida interior. Busca a Dios con sencillez y no te preocupen los juicios de los hombres.»

«Jesús trabajó por espacio de tres años, predicó, oró, hizo multitud de milagros y, sin embargo, el mundo resistió, y apenas obtuvo resultados. Trabajar se te pide, no el conseguir frutos. No desmayes; predica, ora, insiste, busca, solicita niños para el catecismo, busca a los pecadores. No duelan prendas; que cuanto mayores sean tus trabajos y las humillaciones, mayor será la recompensa. Así aprenderás por experiencia que el fruto

no depende de tu prudencia y esfuerzos sino de la gracia de Dios que obra cuando menos se piensa.

»Trabaja con pureza de intención; ora incesantemente lleno de fe y de confianza. «Este género de demonios, dijo Jesús a sus Apóstoles, no se vence sino con oraciones y ayunos.» Si tú no recoges frutos, otro vendrá después de tí a recogerlos.

»Jesús repartió al mundo beneficios sin cuento y el mundo le correspondió con ingratiudes y odios; no busques tú en los hombres recompensa o agradecimiento, sino trabaja únicamente por Dios que es buen pagador, así no se verán tus esperanzas frustradas.»

Días felices

Lo fueron para D. Hermenegildo los de principio del año 1879, que pasaron en su compañía los PP. Isaac Burgos y Joaquín Oller, del I. Corazón de María, dando una misión a su parroquia. Anunciada la Santa Misión y después de haber encomendado y hecho encomendar a Dios el fruto de la misma, comenzó esta el 12 de enero y duró once días. Los Padres presentaron la verdad con tal gracia e interés, y con tanta precisión, que fueron notables los frutos. Muchos acudieron a oírles por mera curiosidad; pero después de haberles oído, sentían deseos de oírlos de nuevo y al fin se rendían.

Hubo comunión de jóvenes de ambos sexos. El último día de la misión desde las cuatro de la mañana, hombres y mujeres, los jóvenes y los ancianos llenaron la iglesia con santa impaciencia de ser los primeros en confesarse. La comunión anunciada para las ocho de la mañana, tuvo que retrasarse hasta las nueve y media. Por la tarde se hizo la procesión con el Santísimo, tan concurrida y edificante como jamás se ha visto en Pedroso.

Otro de los días de la misión, se ordenó una procesión a las ocho de la mañana para llevar a su ermita, orgullo del pueblo, la Virgen del Patrocinio, a que tanta devoción se profesa. Hubo allí solemnísima función con sermón a cargo del P. Burgos y después, párroco y feligreses se consagraron todos a la Virgen, pasando uno a uno por delante de su Imagen, diciéndole todos: Madre mía, aquí tienes a tu hijo.

Aprovechando el fruto de esta misión, D. Hermenegildo estableció entre sus feligreses la Cofradía o Asociación de la Virgen del Patrocinio, en que se alistaron muy luego doscientas personas, quedando otras muchas con deseos de hacerlo, ya que, por falta de escapularios, no pudieron hacerlo, como las demás, el primer día de su establecimiento.

Muy complacidos marcharon los Misioneros de las buenísimas cualidades del joven párroco que conocieron en Pedroso, y sin duda le insinuaron la idea de ser misionero; muy complacido quedó D. Hermenegildo del

celo y de la conducta de aquellos sacerdotes de la joven Congregación de Misioneros y con santas envidias de poder algún día seguir sus pisadas. Días felices fueron para D. Hermenegildo los de esta misión en Pedroso.

Cura de San Asensio

El año 1885 celebró concurso parroquial el Obispo de Calahorra D. Antonio María Cascajares y Azara y en él fué agraciado don Hermenegildo con la parroquia de San Asensio, más importante que Pedroso, que hasta entonces tenía. De ella tomó posesión el 24 de septiembre y para su actuación en ella se preparó con unos buenos Ejercicios Espirituales hechos en casa.

Sus apuntes indican su extremada prudencia. «Ante todo, dice, es fundamental la buena unión y armonía con los otros sacerdotes, coadjutores en la parroquia. Con ella, todo lo edificado será sólido; sin ella, todo irá edificado sobre arena; seremos dos manos, de las que una destruye lo que la otra levanta. Guárdales por ello toda consideración y atenciones.

»Conviene, además, proceder a los principios con gran tino y delicadeza sin atropello ninguno, porque un mal paso tan sólo, puede inutilizar todos los trabajos futuros. No indisponerse ni hacer gran amistad con ninguna familia; hacer una visita general a los feligreses, que se puede aprovechar para ir ha-

ciendo el padrón y para conocer el estado de la parroquia, sus vicios, necesidades, etc. Nada de innovaciones o reformas, y respetar las costumbres. La novedad y reforma, aun en cosas buenas, ofrece gravísimos inconvenientes y produce funestos efectos, sino se introduce con tino y prudencia. Cuando sea general la benevolencia de los feligreses, podré, sin tanto peligro y paso a paso, quitar algún abuso o introducir una reforma. Ni conviene querer corregir a la vez todos los abusos; sí conviene tomar nota de ellos desde el principio, porque entonces hieren más, y después hay peligro de familiarizarse con ellos.

»No olvides que el objeto de un párroco y su fin principal es llevar la piedad a todos los corazones, convertir en virtuosos a los pecadores, justificar más a los justos y destruir en todos las falsas ideas que tengan de la piedad, haciendo amable la virtud con sus palabras y sobre todo con el buen ejemplo constante. Pero fuera piedad afectada y estrecha, y venga una virtud sólida, expansiva, natural, sencilla y amable.

»Además de la visita general, conviene visitar alguna vez a ciertas familias más principales, al objeto de utilizar su influencia en ocasiones precisas. Pero conviene que sean visitas raras, que no sean largas, y que sean a todas sin distinción de partidos. Llevar a ellas algún fin santo como proponer o excitar alguna obra buena y hacerlas con las debidas cautelas.

»A toda costa procura conservar buenas relaciones con los maestros; tenerles afecto, deferencias y condescendencia con ellos. Visita las escuelas, al menos una vez cada mes, y manifiéstales interés por la instrucción.

»Aborrece mucho la murmuración, y no olvides que un sacerdote, que en las conversaciones no abre su boca sino es para hablar bien de todos, para disculpar o tomar la defensa de los que se vean acusados, que se conduce de suerte que parezca que todos son íntimos amigos, es un perpetuo predicador y, con su ejemplar y sencilla conversación, ganará más corazones que otros con muchos y elocuentes sermones.

»Tomar particular empeño en educar religiosamente al hombre en el niño; más bien podrás hacer en un niño que en diez personas mayores. Procura atraer a los niños, hacerte amar de ellos... inclínalos primero a que ayuden la misa, después establece la Congregación de San Luis, más tarde la Obra Salesiana...»

A los pies de la Virgen

El 29 de octubre de 1883, después de muchas gestiones, y vencidas grandes dificultades, habían llegado a Valvanera los Padres Benedictinos de Monserrat, y, dos años más tarde, el 22 de diciembre de 1885, volvía a su Santuario, desde la Villa de Brieva, la Patrona de la Rioja, la Virgen de Valvanera.

Apesar de las grandes incomodidades, que todavía había que soportar en el naciente monasterio benedictino de Rioja, D. Hermenegildo quiso hacer sus primeros Ejercicios, como párroco de San Asensio, a los pies de la Virgen.

De nuevo vió allá, cabe el trono de la Virgen bendita, que «la voluntad de Dios clara y manifiesta era que se santificase en el estado de párroco de San Asensio y que desechase, al menos por entonces, como una tentación, todo pensamiento que tendiese a apartarle de ello.» «Y que para ser párroco santo, no era necesario que hiciese obras extraordinarias, sino que cumpliese bien el reglamento aprobado por su director y las obligaciones de párroco, según las tenía aprendidas en el Concilio de Trento; predicar la homilía; el catecismo; la visita de enfermos y de feligreses sin distinciones, considerándose a sí mismo como un gran padre de numerosa familia y a sus feligreses como a tantos otros hijos que Dios le había dado. Que estuviese persuadido, para su propia humillación, que el cargo obtenido no era debido a sus talentos, ni a los servicios prestados, ni menos a sus propias virtudes, porque es propio de Dios escoger los instrumentos más débiles y despreciables para realizar sus empresas.

»No podrás, añade, santificar la parroquia, si no eres párroco santo; y, para serlo, has de emplear todos y sólo los medios que Dios te ha señalado. El camino por el que Dios te

llama es el de la fidelidad y perfección en los ejercicios espirituales; lee los propósitos de Ejercicios desde 1879, recuerda los que has hecho en los días de retiro, y verás que Dios siempre te llama por ese camino. Si te empeñas en santificarte por otros medios, si te das mucho a ministerios exteriores, a predicar y fomentar asociaciones, y, descuidando aquello, quieres conseguir fruto, aplausos, opinión de santo..., ten entendido que a los ojos de Dios todo es hojarasca. Ama el retiro y la soledad y no salgas de ellos sino es llevado por el provecho espiritual de tus feligreses, por deber de educación, o por exigirlo así la gloria de Dios.

«La voluntad de Dios es que, trabajes como párroco de San Asensio en santificar tu parroquia, en convertir a los pecadores que hay en ella, en extender la piedad. Para conseguir estos fines es indispensable que seas párroco santo, y no lo serás sino por los medios ordenados por Dios, que no son otros que la fidelidad y exactitud en los ejercicios espirituales y el cumplimiento de las obligaciones de párroco, predicación, catecismo, visita de enfermos, cuidado de pobres. Haz esto y te salvarás.»

Cuánto provecho sacaba de los Ejercicios Espirituales nos lo dice un testigo en sus declaraciones orales. Al volver de unos Ejercicios, trajo consigo un pequeño crucifijo de no mucho mérito; y, al admirarnos de ello, nos dijo: Es el que he tenido en la habita-

ción durante estos últimos ejercicios, y tantas luces he recibido de él y tantos consuelos, que no he podido resistirme a la idea de traérmelo conmigo, previo permiso del superior de la casa y pago de su valor material.

El Catequista

Muy luego se dió cuenta D. Hermenegildo de la importancia que tiene para la vida cristiana de una parroquia la enseñanza del catecismo a los niños y adultos. Manifestaciones de esa convicción arraigada se han visto ya en anteriores apuntes de Ejercicios y continúan en los siguientes.

En los que hizo en Loyola en 1887 se propone «tener todos los días catecismo en la parroquia, media hora antes del Rosario y llevar cada día una sección, a no ser que las señoras se presten a suplirle en esa labor personal en cuyo caso él la llevaría solos los sábados. Hacer asimismo las tardes de los días festivos un curso de explicaciones de la doctrina cristiana para adultos, terminando siempre con estos y con los niños con un ejemplo de que los adultos puedan sacar moralidad y los niños amor de Dios y devoción a la Virgen y a los Santos.»

«Trabajar, añade en los Ejercicios de 1890, hechos en Calahorra, bajo la dirección del P. Brunet (los del año anterior lo fueron en Santo Domingo con el P. Nucillas) en la instrucción y santificación de los niños y de

los jóvenes dirigiéndoles en los catecismos oportunas y bien preparadas instrucciones. Preparar todas las instrucciones; el catecismo del sábado, prepararlo el viernes, el de niños, el lunes, y el de los jóvenes, el martes o miércoles. Si haces cuanto está de tu parte, serás más provechoso, Dios bendecirá tu ministerio y suplirá tus faltas y deficiencias.» En la distribución de intenciones para los días de la semana en la visita al Santísimo, se dedica «el lunes a pedir por los niños del catecismo y el martes por los jóvenes.»

«Además de la explicación que para el pueblo en general, dirá en 1900 dando cuenta de su parroquia al Prelado, se hace todos los domingos por la tarde, tenemos los siguientes catecismos:

CATECISMO DE NIÑOS Y NIÑAS, todos los sábados, al cual acuden de 200 a 300, al que ayudan algunas Madres Cristianas como instructoras, con vales de asistencia y aplicación; de tiempo en tiempo se hace la tienda.

CATECISMO DE PRIMERA COMUNION, PARA NIÑOS. Comienza el 7 de enero y termina el día de San José, para todos y sólo los niños que han de comulgar por primera vez.

CATECISMO DE PRIMERA COMUNION, PARA NIÑAS. Comienza el Domingo *In Albis* y termina el Domingo Infraoctava del Corpus. A estas dos primeras comuniones

generales preceden unos ejercicios espirituales de seis días.

CATECISMO PARA LOS JOVENES. Es para mozos atrasados en doctrina cristiana. Empieza el 2 de noviembre y dura hasta Navidad; sólo acuden mayores de 12 años, y suelen asistir de 40 a 50. Al fin, las Madres Cristianas les rifan prendas de vestir.

CATECISMO PARA LAS JOVENES. Es para mayores retrasadas en catecismo. Empieza el 8 de enero y termina en Carnaval; es para niñas o sirvientas que no pueden acudir a otro y asisten 20 o 30.

CATECISMO DE PERSEVERANCIA. Es los domingos para las jóvenes. El fin principal, además de instruir las, es apartarlas de los bailes. Se han empleado todos los medios y agotado todos los recursos, pero sin resultado práctico, pues a los 15 o 16 años se salen por no perder el baile, o se van a él después del catecismo. Resulta caro, de muchos sacrificios y de escasos resultados prácticos. Hoy está casi muerto.»

Hojas y Nuevas Hojas de Catecismo

El año 1892, D. Hermenegildo, después de veinte años de enseñanza y continua experiencia en la Catequesis, después de asimilar la doctrina de los numerosos y escogidos catecismos que formaban parte de su Biblioteca, se determinó, al fin, a dar a la imprenta

sus famosas «Hojas de Catecismo», tan aceptadas por todos, tan alabadas y recomendadas por el Episcopado, por las Revistas católicas, por los sacerdotes y por los buenos maestros.

Tan buena acogida se les dispensó que su obra obtuvo tres ediciones en menos de dos años y las Hojas se propagaron rápidamente por España y América y fueron traducidas en varias lenguas. De esas Hojas se ha dicho que son la obra más principal de D. Hermenegildo y la que más glorifica a Dios, como le decía un señor Obispo del extranjero, al pedirle licencia para traducirlas en su lengua; tan ricas, tan copiosas, tan admirablemente concisas, tan fragantes y confortativas las encontraba. Siendo tan conocidas y populares, no hay por qué detenerse en su elogio.

Tres años más tarde en 1895 daba a la estampa sus NUEVAS HOJAS DE CATECISMO, considerando la gran trascendencia que encierra la primera comunión. «En los años que llevo de párroco, dice, he procurado dar a este acto el mayor realce y preparar para él, del mejor modo posible a los niños. De este librito he venido usando varios años, dice en sus ediciones, dándome excelentes resultados y consiguiendo que los niños en cuatro o cinco semanas adquieran los conocimientos necesarios para prepararse bien a recibir los Sacramentos.»

COMPLEMENTO DEL CATECISMO ti-

tulaba un tercer libro que dejó preparado para la censura y aprobación. Es una colección de oraciones y prácticas piadosas que deben enseñarse a los niños.

En esta obrita resplandece su talento observador y didáctico y en ella, como en sus anteriores Catecismos, se observa el sistema cíclico tan decantado en nuestros días, como una gran adquisición de la pedagogía. «Las prácticas, dice, señaladas con la letra A, irán en letra gruesa y deben ser aprendidas por los niños de la primera Sección. Las señaladas con la letra B, son para la segunda Sección e irán en letra más pequeña. Las señaladas con la C, para la tercera y en letra más pequeña y diferente, y así hasta la letra G, que será para la Sección última y superior, e irán en letra imitación manuscrito.»

Y no menos resplandecen en esto su desinterés y humildad. «A los Sres. Sacerdotes, dice, se les remitirán dos ejemplares de «Hojas de Catecismo» con sólo haber celebrado una misa por las necesidades del autor y de su parroquia. Se suplica la aprobación del «Complemento» para la parroquia y, si se considera útil, para toda la Diócesis; cedo todos mis derechos en beneficio de la Catequesis; puede tacharse todo lo que se halle supérfluo y, si hay otro libro que llene las indicaciones de este, agradecería que se me indicase y que este se diese por retirado.»

Sus Catecismos

Los que compuso D. Hermenegildo, acomodados a las diversas edades y grados de instrucción en sus diversas clases de alumnos y de catequesis son por lo menos cuatro:

I.—Catecismo pequeño, para la segunda Sección. II.—Compendio de la Doctrina Cristiana para la Sección tercera. La última edición de estos dos catecismos, leemos en un librito de 1909, va adicionada con las oraciones y prácticas piadosas que corresponden a cada Sección, en conformidad con el Reglamento de la Catequesis Diocesana. III.—Las citadas «Hojas de Catecismo», cuya mejor recomendación son las varias ediciones que de ellas se hicieron. IV.—«Las Nuevas Hojas de Catecismo», de las cuales dijo Sardá y Salvany: «En pocos se admira como en este, tan oportuno método en la exposición, tal claridad de doctrina entremezclada de adecuados ejemplos y un estilo tan acomodado a la comprensión de la tierna edad. Debemos recomendarlo como uno de los mejores entre los muy buenos para el indicado objeto de la primera comunión.»

Si viene... lo degollamos

El párroco de San Asensio, pronto se captó el cariño de sus feligreses y entre ellos logró gran ascendiente. El Obispo Sr. Cascajares, que le tuteaba con sincera familiaridad, y que le trataba con afecto de amigo íntimo y cariñoso, le sorprendió un día con la carta si-

guiente: «Mi querido Hermenegildo: Ahí te reexpido esa solicitud, que he recibido de esa parroquia, por la cual he visto, con mucho gusto por un lado y con gran hilaridad por otro, lo mucho que te quieren esos tus bravíos feligreses.» (El Obispo había sido antes militar...) Y el caso, a que el mencionado documento se refería, era el siguiente: El señor Obispo Cascajares había hecho recientemente la Visita Pastoral en San Asensio, y, poco después de haber partido el Prelado, D. Hermenegildo, por casualidad, o mejor, porque así lo dispuso la Providencia Divina, cayó enfermo y tuvo que guardar cama. Como tantas veces sucede en los pueblos, la imaginación asoció las dos cosas, y comenzó a correr la noticia de que el Prelado había dado un gran disgusto al Sr. Párroco, y que probablemente, casi seguro, éste tendría que abandonar la parroquia.

Entonces los feligreses, sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, y procurando que no se enterase D. Hermenegildo, hicieron una exposición al Prelado y llenaron unos cuantos pliegos de firmas. El tenor del escrito era el siguiente: «Señor Obispo: Hemos sabido el disgusto que ha tenido usted con nuestro párroco, y que de resultas nos vamos a quedar sin él. Esté usted tranquilo, señor Obispo, y seguro de que D. Hermenegildo no sale de aquí; y el párroco que intente venir, que se tiente bien la ropa, porque si viene... lo degollamos...»

Claro está que el Sr. Obispo no dió contestación personal al escrito, sino que se lo remitió al párroco, porque sabía que era el único que podía remediar mejor que nadie aquel desaguisado, como así sucedió en efecto.

Persona bien enterada me dice que esto no sucedió sólo en una ocasión, siendo lástima que desapareciesen muchos documentos referentes a D. Hermenegildo en el saqueo que sufrió la casa de su sobrino en Madrid, durante la dominación marxista.

Otro hecho nos demuestra el mismo ascendiente. Ya en su tiempo comenzaron en San Asensio y en otros pueblos de Rioja las propagandas socialistas e irreligiosas que tan amargos frutos han producido después. Llegó a San Asensio uno de estos propagandistas nefastos, pero aleccionado por sus correligionarios, tuvo buen cuidado de advertir que él odiaba a los curas y de buena gana haría desaparecer a todos del orbe, pero dejando solo a D. Hermenegildo, el Cura de San Asensio. Tanto le apreciaban los mismos anticlericales que, de haber declamado en contra de él, mal lo hubiera pasado el improvisado y atrevido orador.

El primero de estos sucesos debió de realizarse a raíz de las Santas Misiones que a principios del año 1889 dieron en San Asensio los PP. del Corazón de María, Diego Gavín y José Montañer, en la que fueron muchos los trabajos y abundantes los frutos. El do-

mingo 13 de enero acudió el Prelado quien repartió la comunión general y después administró la Confirmación a los niños, predicó y ejerció otros ministerios que le inspiró su celo pastoral. (Bolt. Ecco. 1889, pág. 45).

El tercer misionero

No hace muchos días, nos cuenta un testigo, visitando a un enfermo, oí de labios de su madre la anécdota siguiente:

«En unas misiones, dadas en San Asensio por los PP. del Corazón de María, les pareció a éstos y a los demás sacerdotes que los fieles estaban demasiado alejados y fríos, y que las misiones no iban a rendir el fruto que esperaban de ellas. D. Hermenegildo, en la función de la noche, anunció a sus feligreses un día de misión que, al día siguiente, a aquella misma hora, les hablaría un tercer misionero, un misionero muy especial, al que tenía sumo interés que todos escuchasen porque les había de hablar de cosas muy interesantes. Y que rogaba a todos los asistentes, añadió, que lo propagasen por calles y plazas, para que se enterasen de la noticia cuantos, seguramente por no poder, no habían asistido a la misión aquella noche.

»La noticia corrió como reguero de pólvora y, excitada la curiosidad durante el día, llevó al templo por la noche una incontable multitud de fieles que llenaron la iglesia. Mas, ¡cuál no fué la sorpresa del pueblo, al obser-

var que el mismo D. Hermenegildo, vestido de misionero y el crucifijo pendiente del cuello, era el tercer misionero que les había de hablar! ¿Qué cosas les dijo? ¿Cómo les habló? Yo no acierto a explicarlo; lo cierto es que desde aquella noche la iglesia fué incapaz para contener a los oyentes y quedó asegurado el fruto de la misión, la cual se vió coronada con una comunión tan general que fueron contadísimos los que se quedaron sin realizar este acto. Tal era, termina el testigo, el ascendiente y dominio que ya entonces tenía D. Hermenegildo.»

Este hecho, conservado en la tradición popular, después de cuarenta años de sucedido, está confirmado con una relación que se conserva en el Boletín Eclesiástico, aunque el protagonista procura ocultarse en el velo de su humildad.

«Se podía, dice, augurar un copioso fruto de las Santas Misiones que daban los Padres Serra y Jové, por contar esta parroquia Congregación de S. Luis y S. Estanislao a que pertenecen casi todos los jóvenes, otra de Hijas de María en que están alistadas todas las jóvenes y varias otras Asociaciones piadosas. El infierno, sin embargo, hizo esfuerzos para impedirlo, y hubo momentos de angustia en que temimos fuera un desastre. Iba terminando la Misión y, fuera de los jóvenes, sólo habían confesado doscientas mujeres y seis hombres. Bastó sin embargo que el párroco subiera al púlpito y recordara al pueblo su fe

y religiosidad, la obediencia y cariño a su pastor de que tales pruebas habían dado, el cariño y amor que les profeso, lo que por ellos he hecho y la grande pena que me causaba el poco fruto de la misión, para que se desvanecieran los temores, se renovara el fervor y acudiesen todos a la Confesión y Comunión, llegando a 1.400 las comuniones recibidas en la misión.» Es del año 1899 (Bol. Ecco. páginas 101 y siguientes) la relación, y las misiones fueron en diciembre del año anterior.

Relación ejemplar

La actuación de D. Hermenegildo en su parroquia de San Asensio se adivina a través de los apuntes de sus Ejercicios, en cuanto a su vida interior, y en la relación o estado parroquial que preparó para ser presentada al Excmo. Sr. D. Fray Gregorio María Aguirre y García, Arzobispo de Burgos y Administrador Apostólico de esta Diócesis de Calahorra, en la visita pastoral que hizo de toda la Diócesis en el primer año de su entrada en ella, que fué el de 1900. En ambas cosas se retratan también las actividades y frutos de su apostolado exterior. Veamos sus puntos más principales.

Moralidad

«El estado de moralidad de esta parroquia es bueno en general: Hay fé, aunque no faltan algunos resabiados de liberalismo, y otros in-

diferentes y fríos. No hay uno sólo que profese descaradamente el error, ni que tenga periódicos impíos, ni que sea propagandista contra la Iglesia o enemigo de ella.

«Se guardan los preceptos de la Iglesia, particularmente el de la misa en los días festivos, si bien hay algunos que no ponen sus piés en el templo. Se guardan las vigili-
as exceptuadas, pero no las otras, de las que todos se creen dispensados. Son, en general, amigos de iglesia, de funciones, sermones y rosarios en los días festivos, habiendo buena asistencia. Son diligentes en recibir los últimos sacramentos, y, fuera de las muertes repentinas, son raros los casos, casi ninguno, en que mueran sin sacramentos. No hay escándalos ni amancebamientos. Los vicios que más dominan son: en los hombres, la blasfemia, la profanación del día festivo, la costumbre de merendar en las bodegas donde es fácil beber más de lo justo y gastar más de lo conveniente, estando en ellas hasta horas muy intempestivas, con mal ejemplo para los hijos. En las mujeres, las palabras sucias y malsonantes y la murmuración. En los jóvenes, la blasfemia, la deshonestidad y las rondas nocturnas. En las jóvenes, la afición al baile y las relaciones matrimoniales demasiado prematuras y excesivamente prolongadas, con los resultados que son de temer.»

Piedad

«Hay bastante piedad y frecuencia de Sa-

cramentos, sobre todo entre las señoras de la clase acomodada. Hay 20 o 24 que comulgan todas las semanas, y algunas varios días en ella y que además practican los ejercicios de piedad, meditación, exámenes, oficio parvo, etc. Otras 20 o 30 lo hacen cada quince días y otras 100 hay que lo hacen todos los meses. Esto sin contar las Hijas de María, que deben hacerlo todos los meses, de las cuales, muchas son muy exactas, habiendo algunas perezosas que dejan pasar sin hacerlo dos o tres meses.

«Las «Madres Cristianas» tienen cuatro comuniones generales al año, así como también las «Señoras y los Pobres de las Conferencias». Los Luises tienen otras cuatro comuniones generales, otras cuatro los cofrades de San Isidro y dos los de la Vera Cruz. En la Comunión Reparadora hay 150 asociadas, pero hay bastantes faltas. Todos los años hacen los siete Domingos de San José de 40 a 60 personas, actualmente los hacen 90 mujeres y jóvenes. Así que, en el año, bien pueden calcularse en la parroquia unas SEIS MIL comuniones.»

Cumplimiento pascual

«Hasta 400 y más se quedaban sin cumplir con la Iglesia en los primeros años de mi residencia; y, de ellos, eran de 60 a 80 mujeres. Hoy de las mujeres no se queda sin hacerlo ninguna y los hombres fluctúan entre

60 y 100. Pueden clasificarse de la siguiente manera: Cinco o seis que no se han confesado ni una vez en los quince años que llevo en la parroquia. Unos 24 o 30 que se han confesado una o dos veces tan sólo en estos 15 años, y éstas, por compromiso de enfermedad, casamiento o misión. Unos 40 o 50 que andan a medias, un año sí y otro no. Habrá como unos 20, que cumplen ordinariamente, pero que dejan algún año. El número de almas de comunión será de 1.400 a 1.500. Son pocos, algunos cientos de mujeres y de los jóvenes, los que acuden al examen de doctrina cristiana.»

Cofradías

«Ocupa, por su antigüedad, el primer lugar la «Cofradía de la Santa Vera Cruz», que está destinada a honrar a la Cruz y a contribuir al esplendor del culto, asistiendo con velas encendidas a las procesiones, viáticos y entierros. Todos los meses tienen una misa; la limosna que recogen se emplea en cera y en obras de utilidad para la iglesia y para el Cementerio. Cumplen bien sus estatutos.

«Cofradía de San Isidro» para los labradores. Antes, su único fin era celebrar la fiesta del Santo con misa, procesión y sermón. En los nuevos estatutos se propusieron cuatro fines: Honrar al Santo; santificar a los Cofrades; la ilustración religiosa y agrícola y el socorro mutuo. Los fines 3.^o y 4.^o no die-

ron resultado y han desaparecido, quedando todo reducido a una misa mensual el día 15, y cuatro comuniones generales. Está muy decaída, pues sólo hay 20 cofrades, siendo el motivo la mezcla de lo temporal con lo espiritual. Por ello murió también la «Cofradía de S. José» de socorros mutuos para obreros y artesanos.

«Apostolado de la Oración». El grado 1.º y el 2.º no dan resultados prácticos. Sí lo dan la Comunión Reparadora y la Junta de Celadoras que son unas 30, una para cada día del mes; todos los meses tienen retiro, el primer jueves; la misa del Corazón de Jesús, los primeros viernes, con exposición solemne y la junta para repartir las intenciones. Los últimos domingos realiza colecta con la que hace frente a sus gastos.

«Conferencia de San Vicente de Paúl». La establecí el año que entré en la parroquia, 1886, y se encuentra en buen estado. Hay unas 20 socias activas y otras tantas que son honorarias. Ahora, 1900, quieren encargarse del Santo Hospital. Se tienen con regularidad las conferencias cada semana, las cuatro Juntas y Comuniones generales y tienen agregados unos 20 pobres.

«Orden Tercera». Está sin buena organización, habiendo unas 24 hermanas, unas profesas y otras novicias, que privadamente guardan la regla. Esperando ocasión propicia para organizarla y ver de que entren más, van pasando así los años.

«Hijas de María». Pertenecen todas las jóvenes del pueblo con excepción de cuatro o seis, expulsadas por su conducta. Tienen comunión general y función los segundos domingos de mes, la novena de la Inmaculada y el mes de Mayo.

«Los Luises». Pertenecen a esta Asociación casi todos los jóvenes del pueblo; tienen cuatro comuniones generales, con mucha asistencia y bien ordenadas. Se celebran con función extraordinaria y procesión las fiestas de San Luis y de San Estanislao.

«Madres Cristianas». Su fin es trabajar, en unión con el párroco, por la buena educación de los hijos, por medio de la oración y de los diversos catecismos. Pertenecen a ella la inmensa mayoría, más de 300 madres; tienen todos los meses función religiosa con plática para solas ellas y cuatro comuniones generales al año. Está muy animada y fervorosa y es la que mayores y mejores resultados prácticos está produciendo.

«Unión Pía o Liga contra la blasfemia». Se tiene en proyecto y está ya anunciada.

Bulas

«Fuera de las personas que frecuentan los Sacramentos, hay en este punto una gran indiferencia. Algunos las toman en los años buenos, en que tienen dinero, y dejan de tomarla cuando tienen malas cosechas; y, apesar de no tomarlas, continúan usando de sus privile-

gios, como si las hubieran tomado. Es una de las cosas que mejor revelan la religiosidad de un pueblo; aunque sólo fuera por las gracias e indulgencias que por ellas se conceden, si tuvieran grande fé, deberían todos tomarlas aun a costa de algún sacrificio.

»Por la relación de estos 15 años, se ve que su producto es por término medio de 300 pesetas al año. El año que más bulas de Cruzada se han sacado, han sido de 333, que significan bien poco en una parroquia en que hay 1.500 almas de comunión.»

Sagradas Reliquias

«En el pecho de la imagen de un santo hay un hueso que debe ser tibia o antebrazo, que se dice ser de San Felices, pero que no tiene auténtica. Se le venía dando, desde tiempo inmemorial, culto de reliquia insigne; mas, teniendo en cuenta que la tibia no lo es y la falta de auténtica, consulté, si apesar de esas dos cosas, se podía continuar diciendo el oficio y la misa y exponiéndola a la veneración, y se me contestó que no, mientras no fuera reconocida como auténtica.»

Sacramento

«Al entrar en la parroquia, me encontré con dos Sacramentos en ella: uno en el altar mayor, y el otro, para la comunión, en la capilla de S. Antonio, con sólo una lámpara. Siendo ambas cosas contrarias a la ley de la Igle-

sia, y previendo los inconvenientes de una innovación, consulté el caso con el Sr. Obispo, quien me dijo que tolerase los dos Sacramentos, pero que se pusiesen dos lámparas. Reuní a las personas piadosas y les hice ver la necesidad de dos lámparas; ellas compraron otra y vienen alimentándola, aunque con alguna dificultad. ¿Cree V. E. que puedo continuar tolerando la existencia de los dos Sacramentos? En caso negativo ¿cuál convendrá suprimir? »

Cementerio

«Se hizo en terreno propio de la iglesia, con ayuda de los vecinos; se restauró con limosnas recogidas por el párroco; se ensanchó y alargó con limosnas de la Cofradía de la Cruz y con ayuda de los vecinos. El año 1894, solicitaron algunos la compra de terreno y, con este motivo, se suscitó entre el Ayuntamiento y el Párroco la cuestión de competencia en su administración. Convinimos en que todo se haría de común acuerdo, cobrando y pagando el Ayuntamiento los ingresos y gastos, y presentando las cuentas al párroco. Lo hicieron así el primer año, pero ya no volvieron a hacerlo.

»No hay cementerio civil, aunque varias veces lo he solicitado y se me ha prometido; no lo considero de necesidad; porque tengo casi certeza de que ninguno que muera con conocimiento, rechazará los sacramentos a última hora; únicamente puede suceder que al-

guno de los que viven alejados de la Iglesia, muera repentinamente, como ya me ha sucedido con cuatro.»

Hospital

«Sensible es que un pueblo de esta importancia no tenga un hospital bien montado, y bien puede decirse que en San Asensio no hay Hospital; pues, el que existe, no merece tal nombre y está desprovisto de todo. Desde que estoy en esta, no he cesado de trabajar con el Ayuntamiento para resolverles a pensar en obra tan necesaria. Todos los Ayuntamientos me han dado buenas esperanzas, pero de ahí no han pasado. Recientemente, con motivo de haberse hecho corriente una lámina de Beneficencia que vale 6.000 pesetas, y de haberse cobrado otras cinco o seis mil de intereses, he insistido sobre su fundación y se muestra el Ayuntamiento bien dispuesto a ella.

»No basta hacer el hospital; es necesario pensar en quien lo ha de sostener y administrar. En la Junta General de las Conferencias les propuse si querían encargarse de ello, sobre las bases que les presenté y que ellas aprobaron. Se presentó el ofrecimiento al Ayuntamiento y lo aceptaron y han pedido licencia para vender el hospital viejo y otra posesión de la Villa, para con sus productos hacer o comprar el nuevo, y entregarlo después, con la lámina antes dicha, a la Conferencia.

»Nuestro deseo es traer unas Hermanas de la Caridad que se encarguen del Hospital y que pongan además una escuela de párvulos subvencionada por el Ayuntamiento.»

Durmió de nuevo este asunto y D. Hermenegildo, el día de Jueves Santo de 1904, anunció otra vez la idea, e hizo un llamamiento a las Autoridades, Cofradías, Sociedades y pueblo. Nombrada la Junta, y emprendidos con entusiasmo los trabajos, el día 26 de diciembre se colocó la primera piedra del nuevo edificio. Sin terminar estaba todavía en 1908; y D. Hermenegildo trabajaba con toda su alma «para que con los intereses de la lámina del Santo Hospital y de las Obras Pías de la Parroquia y algún sacrificio del pueblo se terminase la obra y pudieran sostenerse los tres, cuatro o cinco pobres ancianos o impossibilitados que de ordinario puede haber en el pueblo y algunos casos urgentes más que ocurren.» No lo pudo conseguir; porque el caciquismo, entonces reinante, se empeñó, contra toda justicia, y atropellando las protestas de tan venerable y santo párroco, dice un testigo, y las órdenes terminantes del Excmo. Sr. Gobernador de la Provincia, en destinar estas cantidades a pagar deudas y atrasos del Ayuntamiento. Es de admirar, continúa, el tesón y prudencia que tuvo D. Hermenegildo en esta cuestión, para no chocar con las autoridades y para que estas no cometieran tal desafuero. D. Hermenegildo no tuvo la satisfacción de ver realizado su más dorado sueño, la implan-

tación del hospital en San Asensio, y de una Comunidad religiosa para que cuidase de él.

Consiguió esto su sucesor en 1925; pero todo se redujo de nuevo a la nada en los tristes sucesos de 1931; los cuales, así como el posterior incendio de su querida iglesia parroquial de la Ascensión, D. Hermenegildo había de contemplar desde el cielo.

Obras pías

«Existen dos en esta parroquia, para aniversarios y dotes de estudiantes y huérfanas, de que es patrono el párroco. Recobradas las láminas perdidas y los intereses, con intervención del párroco como patrono, el Ayuntamiento se hizo dueño de todo lo cobrado y lo aplicó a atenciones del pueblo, con la consiguiente protesta del párroco. Con este motivo mediaron algunas comunicaciones del señor Vicario Capitular. La Junta de Beneficencia ha pedido las cuentas pasadas con sus justificantes y, según dice el Ayuntamiento, les ha dicho que formulen unas cuentas para cubrir el expediente por lo que se refiere al pasado, y que, en adelante, de acuerdo con el párroco, vieran la inversión que se había de dar a esos productos. Yo firmé esas cuentas porque me dijeron que eran solo para cubrir el expediente en Logroño y que después ya veríamos de arreglarlo todo. Pero ahora resulta que el acuerdo o convenio se refiere sólo al futuro, entregándome solas 45 pesetas

para los aniversarios y quedándose todo lo cobrado en favor de la villa.

»Como aparece en las cuentas que todos los años he recibido esa cantidad y no es cierto, pregunto a V. E. si puedo y debo pasar por ello a fin de evitar disgustos y roces, que pueden ser en perjuicio del bien espiritual de la parroquia y de la armonía que reina entre las autoridades, y para tenerlos dispuestos a concederme todos los años alguna cantidad de esos productos para premios de los catecismos de las jóvenes, ya que no los destinen a huérfanas, como era la voluntad de los fundadores.»

La sordera

«Siempre fui un poco teniente de oído, pero ello no me era impedimento para oír confesiones; hace algunos años noté que el oído se iba entorpeciendo y que no entendía algunas cosas a ciertas personas y por ello consulté el caso con el Sr. Vicario Capitular, quien, atribuyéndolo, sin duda, a escrúpulos míos, me contestó que continuara tranquilo y que procurase poner mi confesonario en alguna capilla apartada o en la misma sacristía.

»Como no mejoraba, me arreglé un confesonario enteramente cerrado, con cuya ayuda marchaba bien; pero, pasado un tiempo, me ví precisado a consultar a un especialista en Madrid, donde estuve un mes, hallando bastante mejoría; pero la mejoría duró poco y,

a temporadas, se me entorpece el oído de suerte que no entiendo la mitad de lo que dicen y a algunas personas, nada. Particularmente hace un mes que me he quedado tan sordo que apenas oigo.

»Yo deseo que se me examine con detenimiento y que se me diga si, en este estado, puedo continuar sentándome en el confesionario con la conciencia tranquila.»

Gérmenes nocivos

En medio de los trabajos apostólicos de D. Hermenegildo, en el silencio del disimulo, cuando todos estaban satisfechos de la labor apostólica de su santo párroco, vino el hombre enemigo y sembró en su parroquia la mala semilla. Las propagandas obreristas y políticas comenzaban a dar sus frutos y resultados, ya que el año 1904, en el acta de la colocación de la primera piedra del Hospital, aparecen las firmas de los presidentes del Círculo Obrero y del Círculo Republicano. Ciertamente es, que, entonces, eran sociedades, cuyos socios no eran hostiles a la Iglesia; pero no lo es menos que se preparaba la masa que, maleada por elementos exóticos, había de realizar las expulsiones del párroco y de las Religiosas, el saqueo del Santo Hospital y, más tarde, el incendio y destrucción del templo y retablo mayor que eran el mayor orgullo del pueblo, sucesos realizados todos después de la muerte de D. Hermenegildo.

Predicación

«Predica, se dice a sí mismo en los Ejercicios de 1894, con prudencia y constancia, con humildad y delicadeza, mezclando lo dulce a lo amargo, no hiriendo sino curando. Consulta en las dificultades, obra siempre con consejo, y, una vez asegurado del deber, obra en conformidad, sin desfallecer ni desmayar, se consiga o no el fruto que desees, lo mismo si te trae aplausos y estimación que si se originan insultos, censuras, persecución y aún la muerte. Haz lo que debes hacer, reprende lo que debes reprender con firmeza y energía, venga lo que viniera.

»Asímismo en el Catecismo, no hay que desmayar; a la perseverancia está prometida la victoria; agota todos los recursos, emplea todos los medios; si no consigues lo que desees, si no todos se aprovechan, *sibi imputent*, no será menor tu recompensa. ¿Qué juicio formarías de un general que, a una pequeña derrota, se desalentara, huyera cobarde y abandonase el campo al enemigo? El buen piloto se conoce en la serenidad con que, a la hora del peligro, dirige la nave que se ve combatida por horrible tempestad. De todas las tentaciones la más terrible es el desaliento. Te desalientas por no conseguir fruto y no consigues fruto por desalentarte. Nunca es más puro el celo que cuando se trabaja mucho, con tesón y rectitud de intención y no se consigue fruto. ¿No ves cómo Dios sufre a los

pecadores y, pudiendo aniquilarlos, les concede beneficios? ¿No ves cómo Jesucristo, apesar de su resistencia y endurecimiento y de la aparente esterilidad, sigue predicando y no abandona su misión? Pues obra tú conforme a esos divinos modelos. No olvides que estás en el mundo para trabajar, para sufrir, para luchar, para ser mal correspondido, perseguido, aborrecido y despreciado y que, por mucho que te desprecien y aborrezcan, nunca lo serás tanto como lo mereces.»

Santificar la familia

Fué otro de sus objetivos constantes. «Después de santificarte a tí, dice en los Ejercicios de 1895, cuida de santificar a tu familia para que sea una familia modelo, piadosa y cristiana. ¿Cómo pretender reformar las casas ajenas si no sabes arreglar la tuya propia? Procura que en ella todos sean ejemplares, que frecuenten los sacramentos, que asistan a las funciones piadosas, que tomen parte en todas las obras buenas. Practica con ellos algunos ejercicios piadosos; reza todos los días junto con ellos el Santo Rosario en familia, aunque se haya rezado ya en la parroquia; léeles todos los días el santo del día o algún libro piadoso, y, los días de fiesta, haz con ellos vida de familia, jugando con ellos, animándoles en tu conversación a hacer muchas limosnas y obras de caridad.»

El buen párroco

«Ser un párroco santo y santificarse por el cumplimiento de los deberes parroquiales; tal es para tí la voluntad de Dios. Un párroco santo debe ser para sus feligreses, padre, maestro, amigo y siervo.

»Como padre, ha de amar como a hijos a todos sus feligreses, con amor sobrenatural, generoso, constante y sufrido. A los que te quieren y corresponden y a los que te aborrecen y desprecian; a los justos y a los pecadores, y más a éstos que a aquellos porque son los enfermos los que tienen necesidad del médico. Amalos, orando mucho por ellos, procurándoles todos los bienes así materiales como espirituales, facilitándoles cuanto puedas la recepción de los sacramentos.

»Como maestro, has de enseñar; y, para ello, necesario es aprender. Estudia, prepara tus pláticas y catecismos con el estudio y con la oración. No suspendas el Catecismo y el Evangelio ni aun en tiempo de recolección, haciéndolo entonces durante la misa rezada. Enseña además y sobre todo, con el ejemplo de toda virtud, de suerte que puedas decir: «Haced lo que yo hago y sed mis imitadores, como yo lo soy de Cristo.»

»Como amigo, debes hacer bien al prójimo, participando de sus penas, visitándoles en las enfermedades, consolándoles en sus tristezas, socorriéndoles en sus necesidades. Sé con preferencia amigo de los enfermos,

de los pobres, de los atribulados, etc. Como todos los días visitas a Jesús en el Sacramento, así también has de visitarle en la persona de algún atribulado. En la oración de la mañana piensa cuál es la mayor necesidad, quién se encuentra más necesitado de consejo, consuelo o alivio, y ve a socorrerle, siendo generoso en dar, cuando lo necesite.

«Como siervo, has de servir a todos, a imitación de Jesucristo, que quiere que seas el siervo de todos, y que siempre estés dispuesto a sacrificarte por todos, dejando tu gusto y voluntad. Hasta la oración y el estudio has de suspender y dejar por volar a ejecutar lo que sea necesario para el bien espiritual de tus feligreses. Escoge para tí los oficios más penosos y humildes y no encargues a otro lo que tú puedas hacer. Sé de todos, como las fuentes públicas, y nunca manifiestes cansancio o molestia.»

Así habla D. Hermenegildo en los apuntes espirituales de los segundos ejercicios que, en 1896, hizo a los pies de la Virgen de Valvanera.

Cariño de sus feligreses

«Has de utilizar, decíase a sí mismo, Ejercicios de 1900, el cariño y afecto que te profesan en la parroquia, para más promover obras buenas, que den gloria a Dios y contribuyan a la santificación y al bien de tus feligreses. Es éste un gran elemento que Dios ha puesto en tus manos, pero muy peligroso;

por ello anda con cuidado, no vaya a ser la causa de tu ruina; es una máquina de gran potencia, pero que es necesario manejar con prudencia y grande humildad. Un descuido podría convertirla en instrumento de ruina para tí o para otros. Penéstrate bien de tu nada; fúndate en humildad; reconoce la necesidad constante que tienes de Dios y de su gracia.

»En obras extraordinarias anda con mucho tiento, prudencia y humildad. No te precipites, por buena que te parezca la cosa; da lugar a la reflexión y a la calma; medítalo en la presencia de Dios; consúltalo; y, cuando estés asegurado de que Dios lo quiere, empréndelo con confianza, no te desalienten las dificultades y contradicciones; deja obrar a Dios que vendrá en tiempo oportuno. Si da buen resultado, da gloria a Dios que te ha escogido por instrumento, no porque valías, sino porque eras miserable; porque es propio de Dios escoger lo débil para realizar grandes cosas. El mundo juzga de otro modo, pero ¿qué sabe el mundo de esas cosas? No des importancia a esos juicios, no te envanezcas, el mundo dice lo que debieras ser, no lo que eres; dice lo que quizá hubieras llegado a ser, lo que hubieras sido, si hubieras sido siempre más humilde, más fiel a Dios, más mortificado.»

La Cruz y el Sacerdote

«Es necesario padecer. El dolor es una

condición de la vida, un elemento indispensable para la perfección. Sin lucha, sin contradicciones, sin pruebas, sin sacrificios, no hay perfección ni santidad. El dolor espiritualiza, nos despega e infunde disgusto de las cosas de la tierra, nos hace menos indignos de comunicarnos con Dios. El sufrimiento purifica lo manchado, santifica lo bueno, diviniza lo santo; es un auxiliar que Dios nos envía para labrar nuestra santificación. Toda la vida de Jesucristo fué continuo padecer y sufrir. Comenzó su vida con las humillaciones de Belén y terminó con las angustias del Calvario. No hay pena, sufrimiento, dolor por los que El no haya pasado. Ese es tu modelo. Padecer dolor en el cuerpo o congojas en el alma, persecuciones o desengaños del mundo, tentaciones del demonio, ese es el camino. En la cruz está la salvación y la vida; la cruz es el camino de la resurrección y de la gloria; Dios, a todos cuantos ama, les da cruces proporcionadas a su estado y condición, se las cambia según las circunstancias, pero a condición de que nunca falte la cruz. ¡Ay de aquel a quien falta la cruz!

»Las cruces más brillantes no son siempre las más meritorias; las que labramos con nuestras manos, a nuestro gusto y paladar, no son verdaderas cruces. Las mejores son las que trae el exacto cumplimiento de nuestras obligaciones, las que Dios nos prepara y envía. Es ilusión del demonio soñar en grandes sacrificios cuando no sabes hacerte la más pe-

queña violencia, ni mortificarte en la cosa más sencilla; creerte dispuesto a grandes persecuciones y desprecios, cuando no sabes sufrir la más pequeña contradicción, cuando una palabra, una falta de atención es bastante para turbarte y llenarte de inquietudes.» (Ejercicios de 1900).

La santidad

«Ha sonado la hora de Dios, dice en los Ejercicios de 1901. Dios quiere que seas santo y debes serlo, no sólo por el precepto general que obliga a todos los hombres, no solamente por tu estado y ministerios, sino porque es necesario reparar lo mucho que has ofendido a Dios, corresponder a las muchas gracias y beneficios que has recibido, y porque Dios te lo pide con insistencia y cada día con más firmeza. Dios quiere que seas santo y que te santifiques por el cumplimiento de tus deberes parroquiales, siendo exacto, minucioso, constante. Distingue entre lo esencial y lo accidental. Los principales deberes son la predicación, catecismos, confesonario, administración de sacramentos, asistencia a los enfermos, culto divino, buena administración, conocimiento, dirección y santificación de las almas y, como base de todo tu propia santificación.

»Toda la eficacia de la vida parroquial, así en cuanto a tu propia santificación como en lo referente a la santificación de los otros,

ha de desenvolverse en las esferas sobrenaturales de la fé y de la gracia. La gracia de Dios no se adquiere sino con la oración; luego la oración humilde, constante y fervorosa es tu recurso supremo, y de ella depende toda la eficacia de tu ministerio parroquial. Para que la oración sea más eficaz, ha de tener como la escala de Jacob un apoyo en la tierra y otro en el cielo; el conocimiento propio y el de Dios, el de tus miserias y el de la bondad de Dios; cuanto más crezca en tí este doble conocimiento y más aumente el desprecio de tí y la desconfianza propia, de una parte, y de otra, el amor y la confianza en Dios, serás instrumento más apto para su gloria.»

La propia miseria

«No hay abismo donde no puedas caer si Dios te deja de su mano; no hay crimen que hayan cometido los hombres que tú no puedas cometer. No te contentes con ver tus miserias; da por ellas gracias a Dios y dí con el Profeta: *Bonum mihi quia humiliasti me*; porque esas miserias te libran de la vanidad y te conducen a la humildad y al desprecio de tí mismo. Dichosas miserias, decía un venerable sacerdote, que me excitáis al dolor, me avergonzáis ante las perfecciones de Dios y me humilláis delante de los hombres. Sí, me sois necesarias; yo no querré trocaros por los méritos y virtudes de los demás; prefiero ser tal como me conviene para ser humilde;

renuncio a todas las gracias que me priyan de esta ventaja y, para no perderla, consiento en verme privado de las demás. Si aun con tantas miserias, en ocasiones te crees algo y te envaneces, sin ellas, ¿qué sería de tí? Si el mundo te aplaude o te atribuye un buen éxito, compadécete de su ceguedad y dirige a Dios la gloria; si te desprecia y censura, o interpreta en mal sentido tus intenciones, alégrate; son auxiliares que Dios te envía para conservarte en humildad. Dios te pide para santificarte, mortificación, espíritu de sacrificio y humildad.» (Ejercicios de 1902).

Hacia el ocaso

En los Ejercicios de 1907, practicados en Calahorra, se pone por lema «Deus meus et omnia.» «He aquí, dice, todo el fundamento de la vida espiritual, el compendio de la vida parroquial, el secreto y tesoro de la santidad. Dios ha de ser todo; el principio, el medio y el fin de todas las cosas. El principio que las informe, mueva e impulse; el medio que ayude y sostenga, el fin a que todas deben ser dirigidas. Todo se ha de hacer con Dios, según Dios y para Dios. Y para ello: Unión con Dios; Obrar con Dios; Contar siempre con Dios; Buscar siempre a Dios; Esperar con gran confianza en Dios; Padecer por Dios y en unión con Jesucristo; Estar siempre ocupado en Dios.» Son siete títulos de otros tantos capítulos de doctrina espiritual

que va exponiendo aquella alma que, desprendida de la tierra, ¡solo ansiaba ya por el cielo.

«A negociar con el tiempo, concluye, que es ya poco el que te queda y hay muchas cosas aún por hacer.»

Y, como en sus días juveniles, saca como fruto de estos ejercicios «dar importancia a los catecismos y cumplir bien con ellos, interesando a las madres para que ayuden con limosnas y con oraciones; preparando con más diligencia las explicaciones; sirviéndote, para despertar mayor interés y atención, de imágenes y proyecciones; haciendo bancos para todos los asistentes; separando a los mayores en catecismos de perseverancia, que tendrán lugar las noches de invierno, para los jóvenes, y las tardes de los domingos, para las jóvenes.

Base y fundamento del cumplimiento de los deberes parroquiales es una buena matrícula en que se expresen bien todos los detalles y circunstancias de las personas, cofradías a que pertenecen, etc., y para ello hacer en el mes de septiembre una visita parroquial detenida con interés y con celo.

Las Obras del Cementerio, del Hospital y Obras Pías son deberes parroquiales que se han de mirar con interés; hay que trabajar con constancia y prudencia en ordenarlos y en cuidar de su buena marcha y administración. No se han de descuidar con pretexto de que te puedan proporcionar censuras o con-

tradicciones. Obra, con prudencia sí, pero con firmeza también, y confía en Dios. Arregla asimismo el Archivo Parroquial en conformidad con el Reglamento Diocesano, y vete formando buenos inventarios y la crónica de la Parroquia.»

Así se había ordenado en el Sínodo recientemente celebrado en la Diócesis.

De algunos testigos

«Todos los años, nos refiere una señora, tenía la buena costumbre de hacer la visita parroquial de su feligresía y de visitar a todos, casa por casa, sin dejar ni una sola. En esta visita recogía noticia de las necesidades, así espirituales como materiales de sus feligreses, a los cuales dirigía después saludables consejos y procuraba socorrer con generosidad y largueza.»

En San Asensio le acompañaron en un principio su madre y su hermana Ceferina; al casarse ésta, quedó solo con su madre y, cuando esta ya fué muy anciana, les acompañó una sobrina carnal, María Alesón, que, al morir su abuela, quedó con su tío hasta su regreso a Pedroso.

A mí entonces, dice su sobrina María, no me llamaba la atención la vida que hacía mi tío; desde que le conocí me pareció ser un buen sacerdote, sin cosas extraordinarias; al tratar después a otros sacerdotes, buenos y ejemplares también, he caído en la cuenta que

mi tío hacía además otras cosas. Todos los días iba a la iglesia muy temprano, a las cinco en verano y a las seis en invierno; era muy morigerado y abstinente en la comida, ni permitía que persona extraña a la familia le sirviera ni siquiera un vaso de agua tan sólo. En cierta ocasión en que los padres le escribieron diciendo que necesitaban de la referida sobrina, él les rogó con instancias que no se la retiraran y que buscasen una sirvienta, pues, en caso contrario, él también tendría que retirarse a Pedroso.

»Un día le sorprendí el cilicio, cuando, después de salir él en dirección a la parroquia para el rezo de Vísperas, se lo dejó olvidado dentro del calzado que se había quitado y que había dejado para la limpieza del mismo.

»En sus habitaciones, sólo entrábamos la abuela o yo para hacer la limpieza, cuando él salía de casa y dejaba con ese intento abierta la puerta. Sólo estaba con la familia en las horas de la comida, las que además solía aprovechar para leer el periódico.

»Su descanso era una semana que pasaba todos los años en casa de sus hermanos, en Pedroso, mientras fué párroco de San Asensio. Todos los años practicaba los Ejercicios Espirituales.»

«Cinco años, nos dice D. Faustino Blanco, estuve con él de coadjutor en San Asensio y siempre me edificó su vida ejemplar y abnegada. Era el primero en acudir a la iglesia, no sólo los días de hacienda sino aún en aquellos

festivos en que por tocarle la misa mayor, le instábamos a venir más tarde a la iglesia, tan fría en invierno. Era asimismo constante en la visita de enfermos, aunque no estuviese él de semana. Era celoso y trabajador en extremo; pero tan complaciente con sus coadjutores y demás sacerdotes, que de muy buena gana hubiera estado toda mi vida gozando de compañía tan buena y de ejemplos tan edificantes, de no haberme indicado que hiciera concurso. Era caritativo extremadamente con relación a los pobres.

»De su ojo certero para adivinar la gravedad de los enfermos, recuerdo el caso siguiente: Estando yo de semana, me acompañó a visitar a un enfermo, y tan pronto fué poner el pié en la habitación del mismo, como dar un salto atrás y echar a correr. Admirado quedé yo ante tan inesperada conducta, pero más admirado quedé, cuando le ví volver sudoroso a los pocos instantes con los óleos santos. Se los administró al enfermo, sin pérdida de tiempo y a los pocos momentos moría el enfermo. Yo no advertía la gravedad en el caso y, sin su intervención y experiencia, el enfermo hubiera muerto sin un sacramento tan provechoso.»

«Existe en San Asensio, nos cuenta otro testigo, ya desde muy antiguo la buena costumbre, solo interrumpida en los días de la segunda república, de que el día de Jueves Santo, todas las autoridades del pueblo, gubernativas, judiciales y militares, comulguen

corporativamente en la Misa Mayor. Un año, en que el juez no era persona de las más ejemplares, acudió éste a comulgar como los demás pero después de haberse desayunado. Este sacrilegio se hizo público y llegó a oídos de D. Hermenegildo, quién llamó a su casa al interesado, y de tal manera le habló, que se ofreció a reparar el escándalo y, arrepentido de su sacrílega acción, se acercó de nuevo a comulgar en la misa mayor del día de Pascua, a la que también asistían todas las autoridades del pueblo.»

El aviso

Como él mismo confesará en su testamento, «recibió aviso de Dios de su pronta muerte en los ejercicios espirituales que practicó en Calahorra, en los días 5 al 16 de junio de 1908, dos años antes de que sucediese. Dios dice, en su infinita misericordia, por los méritos de Jesucristo, por un exceso de bondad de su Corazón Sacratísimo, por los ruegos de la Santísima Virgen, te da este aviso: Ordena tu casa porque has de vivir poco y luego has de morir. Estás al fin de la carrera y es necesario que te prepares para la cuenta final. Por ello, aprovecha bien el tiempo, que es precioso en la vida del sacerdote, y es poco ya el que te resta. Es poco el tiempo y mucho lo que hay que hacer.

»Resta poco tiempo; aprovéchalo en hacer las cosas que son del agrado de Dios.

Resta poco tiempo y es necesario aprovecharlo bien en disponer las fundaciones, desprenderte de lo que has de dejar en la muerte, hacer testamento, ordenar papeles y arreglar negocios, todo como si pronto hubieras de morir. Arregla el Archivo y los Inventarios; déjalo todo claro y bien ordenado: hasta la misma sepultura te debes ir preparando. Que este pensamiento de que te queda poco tiempo no se aparte de tí y que él te estimule todos los días a hacer bien todas las cosas.

»Y, como resta poco tiempo, Dios quiere que despegues tu corazón de todo afecto, estimación, intereses, consuelos, etc. Prepárate, al contrario, a sufrir desengaños, humillaciones, desvíos, soledad, arideces, etc., que al propio tiempo que despegan tu corazón de las cosas de la tierra, te sirven de expiación, de penitencia, de purificación y de mérito. A los pies de Jesús Crucificado aprende a padecer y a sufrir, a desprenderte de todo, a verte de todos abandonado. Que esto te sirva de lectura y examen los días de retiro; todos los días de retiro haz la preparación para la buena muerte.»

«Vive prevenido, añade en los Ejercicios del año siguiente, practicados en Nájera, la vida es breve, el trabajo ligero y eterna la recompensa.»

Ya viene el Esposo

Era el día 1.º de enero de 1910. D. Her-

menegildo se levantó como todos los días y estuvo en la iglesia. «Al bajar del púlpito, de predicar la homilía y estando oficiando, dice un testigo, la misa mayor, sintió estre- mecerse su cuerpo de un ataque de apoplegía serosa, de bastante cuidado y gravedad, que le obligó a cesar luego en su cargo.»

El mismo mes de enero y por prescripción facultativa se le prohibió continuar en la parroquia y hubo de retirarse a Pedroso, donde pasó sus días restantes en compañía de su hermana y sobrinos.

Dejó antes de marchar bien ordenadas todas las cosas de su parroquia, y distribuyó sus ornamentos y vasos sagrados y los libros de su Biblioteca entre sus tres parroquias de Bobadilla, San Asensio y Pedroso. Y, arreglados sus asuntos temporales, se dedicó por completo a la vida interior y de inmoción.

«Vivió, dice el entonces coadjutor de Pedroso, en casa de su hermana doña Ceferina, una de las personas más piadosas del pueblo, pero como no fué mucho tiempo, apenas pude conocerlo ni apreciar su valía. Llegó además con tan mala salud que no podía venir a celebrar en la parroquia y lo hacía en el oratorio que tenía en su casa. Nosotros, párroco y coadjutor, le visitábamos todas las tardes, pero el pobrecito no tenía ganas de pasear, y además recuerdo que hablaba muy poco. Yo tenía referencias de que era un párroco muy piadoso y muy culto, y de él conservo un ejemplar de sus «Hojas de Catecismo» que

me regaló poco antes de que acaeciése su muerte.»

«Llegó a Pedroso, dice el entonces párroco de allí, a pasar sus últimos días en compañía de su hermana; su estado era de parálisis casi total de las piernas y andaba con mucha dificultad. Pude observar que jamás perdió su ánimo siempre jovial. Era bondadosísimo; yo le acompañaba cuanto me permitían las obligaciones de mi ministerio, y pude observar que en su parroquia de San Asensio se le quería muchísimo, a juzgar por las incontables visitas que de este pueblo sin cesar recibía.»

«Yo le visitaba, dice el Sr. Párroco de Bobadilla, su antiguo coadjutor, cuando me lo permitían mis obligaciones y el tiempo, para gozar de su conversación, siempre piadosa, y de sus prudentes consejos; el agradecía también mi compañía. Faustino, me dijo un día: no sé si mi fundación de misas es más o menos perfecta que la tuya; el fijar días a las parroquias para las misas fundadas, tiene, a mi juicio, algunos inconvenientes.»

«Celebraba, dice el párroco de Pedroso, durante el último año de su vida, todos los días en el oratorio particular de su casa, y todas las tardes subía, o mejor dicho, le subían o ayudaban a subir a la parroquia para visitar al Santísimo. Aun en este tiempo de enfermedad hacía su vida de despacho, continuamente ocupado.»

Aun tuvo arrestos este año para asistir a los Ejercicios Espirituales en Nájera. «Hoy

no puedes trabajar, dice en sus últimos apuntes, ni predicar, ni confesar; pero tienes en tu poder un medio efficacísimo y universal para reparar lo pasado y ayudar a los que ahora trabajan; es la oración, la vida interior y oculta, menos visible, poco conocida y estimada, pero más eficaz y poderosa, más hermosa y grata a los ojos de Dios, menos expuesta a vanidad y a otros peligros. Esta es la vida a que Dios te llama. Debes seguir a Jesucristo en la vida pasiva, sufriendo por amor de Dios. Dios te llama a la vida interior, a unirte con El en la Eucaristía, a llevar como El una vida solitaria, obscura, humilde, olvidada de todos, despreciada de todos y toda consagrada a la oración, expiación, desagravios y reparación, para la gloria de Dios y salvación de las almas. ¡Quién sabe si con esta vida oculta darás más gloria a Dios y conseguirás más frutos de salvación en tus parroquias que con todos los trabajos de tu vida pública!

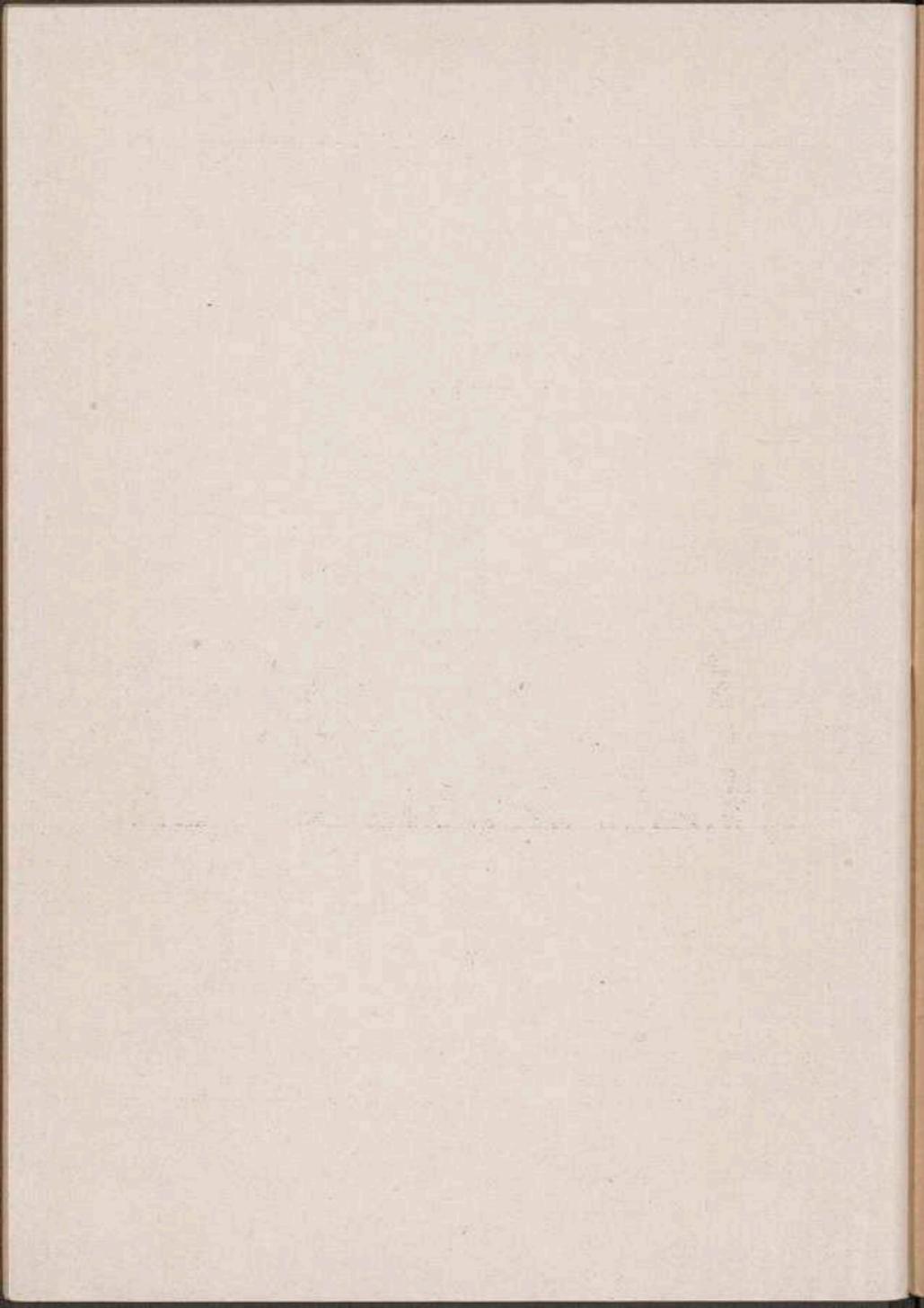
»Es necesario, además, participar un poco de la pasión. Jesucristo en su pasión y muerte sufrió combates, tristezas y angustias de muerte, ultrajes, desprecios, persecuciones, falsos testimonios, afrentas, burlas, azotes y, al fin, la muerte afrentosa de cruz. Siendo tu amante un Dios coronado de espinas y crucificado, y tu madre la Virgen de los Dolores, ¿qué quieres para tí? Dios, que todo lo dispone con sabiduría infinita, y que conoce tus enfermedades, te ama, y no permitirá que seas

IGLESIA PARROQUIAL



Y

VILLA DE SAN ASENSIO



tentado sobre tus fuerzas. Sé fiel, ama mucho, confía y espera. LAUS DEO.»

Hay a continuación un Reglamento para el nuevo género de vida, hecho bajo la dirección del P. Jenaro Antón, en estos Ejercicios. «Honra al Sacerdocio, así termina el reglamento, y de acuerdo con el Párroco vé lo que puedes hacer por el bien de este pueblo.»

Consultas

Estando enfermo en Pedroso, retirado ya de su parroquia de San Asensio, hizo las siguientes consultas que demuestran bien su delicadeza de conciencia.

«I.—¿Qué es más piadoso, más grato a Dios, más conforme al espíritu de la religión y más meritorio; que entierren mi cuerpo en la desnuda tierra y sin caja, para que cuanto antes sea corrompido y pague la pena de sus pecados, o que, en consideración a la misión sagrada que ha tenido, y teniendo presente que ha sido templo del Espíritu Santo, se le dé toda la honra posible, enterrándole con caja y, a ser posible, en sepultura separada y propia?»

Había consignado lo primero en su testamento; pero, sin duda por el consejo de su director, tachó esta disposición, al hacer lo mismo con otras que ya en vida había cumplido.

«II.—¿Cómo y hasta qué punto obligan las prescripciones facultativas? Según ellas,

no debo madrugar, ni levantarme en invierno antes de las ocho u ocho y media. ¿Qué hacer en la cama noches tan largas? ¿Rezozos, meditación, gozos?

»III.—Me prohíben estudiar y a lo sumo me permiten leer algún rato por distracción. ¿Debí dejar radicalmente todo estudio y limitarme a tener lectura de la Sagrada Escritura y lectura espiritual media hora por la mañana y media por la tarde?

»IV.—¿Conviene tener meditación con la familia? En caso afirmativo, ¿cuándo? ¿cómo? ¿por cuánto tiempo?

»V.—Con relación a la Santa Misa, ¿qué es más recomendable, celebrar sin estipendio o recibir estipendio por ella y destinarlo después a obras de piedad?

»VI.—Al Sr. Obispo con respecto a obligaciones y derechos en la parroquia y con relación a los coadjutores.»

Entraña esta consulta la delicada cuestión de la situación económica de un párroco retirado en España, por defecto de jubilación oficial y efectiva. ¿No es una injusticia dejar en la miseria a un sacerdote después de treinta y siete años de intenso y abnegado trabajo en una parroquia, después de haber empleado sus legítimos ahorros en obras de caridad? Pero ¿de dónde ha de salir la nómina del nuevo sacerdote que ha de sustituir al párroco inutilizado? Tal es la situación delicada en que se encuentra la iglesia española con relación a sus sacerdotes más bene-

méritos, los párrocos. A esta situación, sobre la que en el caso presente se recibieron algunas comunicaciones, que D. Hermenegildo recibió sin quejarse, se refiere la consulta anterior. La muerte, como en tantos otros casos, vino a terminar y resolver definitivamente esta cuestión.

«VII.—¿Cómo hacer limosnas a los sacerdotes, con libertad para ellos de hacer lo que quieran, a condición de que nadie sepa que son limosnas mías?»

«VIII.—¿Cómo hacer las obras buenas de caridad y socorro a pobres vergonzantes por medio del párroco, de suerte que se evite toda estimación en mi favor?»

Testamento ejemplar

«JHS. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.—Testamento o última voluntad que yo, D. Hermenegildo Tobías Ruiz, Cura propio de San Asensio, conociendo cuán conveniente es vivir siempre prevenido, quiero hacer y hago con pleno conocimiento, en la presencia de Dios Nuestro Señor, de la Santísima Virgen y de todos los Santos, en dicha villa, a siete de enero de mil novecientos nueve.

»Creo y confieso cuanto cree y confiesa la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, y en esta fe quiero vivir y morir. Espero que, por la infinita misericordia de Dios, y por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, median-

te las buenas obras y los últimos sacramentos, que quisiera recibir con las mejores disposiciones, me ha de perdonar el Señor todos mis pecados y me ha de dar la gloria. Amo a Dios con todo mi corazón, y quisiera haberle amado siempre; me pesa de cuanto le he ofendido y de cuanto en adelante pudiera ofenderle, y quisiera morir de dolor por mis pecados. Amo por amor de Dios a todos mis prójimos, y a todos pido perdón de cuanto les hubiese ofendido, en particular a mis amados Prelados y Superiores, a mis queridos hermanos y compañeros en el sacerdocio y a todos mis feligreses; así como yo ahora para siempre y de todas veras perdono a cuantos me hubieren faltado y en adelante me ofendieren. Acepto con resignación la enfermedad y la muerte que el Señor quisiera mandarme, y la ofrezco en unión con la muerte de mi Señor Jesucristo en satisfacción de todos mis pecados.

»Quiero que mi cuerpo sea enterrado en el Cémenterio de esta mi amada Parroquia, o en el del pueblo en que ocurra mi muerte; que sea amortajado con los escapularios y ornamentos sacerdotales; que sea conducido en las andas comunes sin caja, y que sin caja sea enterrado; para que cuanto antes sea corrompido y pague así la pena de sus pecados.

»Como el Señor me anunció en los Ejercicios Espirituales que, en 1908, hice en Calahorra, que se acercaba el fin de mi vida, y me advirtió que ordenara todas mis cosas,

ya desde entonces, para que la muerte me cogiese desprendido de todo; hice donación plena, libre y espontánea de todos mis bienes, reservándome únicamente la administración de ellos y, mientras viva, sus productos, si de ellos tuviese necesidad para mí.

»Entregué ya entonces TRES MIL pesetas nominales en la Delegación de Capellanías de Calahorra, para una memoria o fundación de misas en la Parroquia de San Asensio, que comenzarán a mi fallecimiento, cobrando yo entretanto los intereses. Otras DOS MIL pesetas tenía destinadas para los Hospitales de San Asensio y Pedroso, pero, vista la poca formalidad y poca buena administración que en ellos hay, dono MIL QUINIENAS pesetas al Sr. Cura de San Asensio para que destine su producto anual a los pobres enfermos con preferencia a los del Hospital, administrándolos sin intervención alguna del Ayuntamiento. Si con el tiempo llega a formalizarse el Hospital y a tener su Reglamento y Junta independiente del Ayuntamiento, podrá entregársele dicha cantidad para aumento del capital. Las QUINIENAS pesetas restantes se entregarán al Sr. Cura de Pedroso para que con sus productos celebre todos los años una misa rezada el día de mi Santo, 13 de abril, distribuyendo el resto entre los pobres, a su juicio más necesitados, en dicho día.»

La Caja de Caridad

«En la naveta de mi mesa, dice en su testamento, se encontrará una caja con este título: CAJA DE CARIDAD.» Amante como vimos a D. Hermenegildo desde sus primeros años de sacerdocio de sus predilectos, los pobres, en beneficio de los cuales cercenó todos sus gastos inútiles y aun los convenientes «en ella voy depositando todos mis derechos de bautizos, matrimonios, entierros, etc.» entregando tan sólo a su madre y sobrina la asignación del Estado para el sostenimiento de la casa, «así como también las limosnas recogidas en el cepillo de San Antonio para el pan de los pobres; todo ello está destinado para socorros a los pobres enfermos, para limosnas y obras de caridad y piedad. Los fondos que a mi fallecimiento se encuentren en esta caja es mi voluntad que se distribuyan en la forma siguiente: El 35 % para los pobres de la parroquia, y se entregará a las Conferencias de San Vicente de Paúl; el 15 % para los pobres de Pedroso, el 10 % para los de Bobadilla; el 10 % para el dinero de San Pedro; otro 10 % para la Propagación de la Fe; igual cantidad para los Esclavos de Africa y otra igual para los Santos Lugares.»

Los pobres adivinaron luego la existencia de esta Caja de Caridad y quisieron probar hasta dónde resistían sus fondos. «Era tan caritativo con sus feligreses, nos dice un sacerdote, testigo presencial de su vida y de los

hechos que cuenta, que sobre todo, en los días crudos de invierno, cuando todavía casi de noche se dirigía D. Hermenegildo de madrugada a la iglesia, le salían al encuentro pobres vergonzantes, aprovechándose de la obscuridad y de la cortedad de su vista en los últimos años, en demanda de socorro y auxilio, siendo siempre atendidos. Era asimismo muy caritativo con los pobres enfermos, a los cuales disimuladamente dejaba el socorro debajo de la almohada de cuantos creía necesitados, no siendo advertido por los circunstantes porque, a causa de su acentuada sordera, se inclinaba mucho y tenía que acercarse al enfermo para invitarle a rezar y a pronunciar jaculatorias.»

Muerte y entierro

«Era tan penitente, dice un escritor, y tan casto al estilo de San José de Calasanz, que por castidad y por humildad, para que nadie viese las señales de penitencia que tenía en su cuerpo, para que nadie violase su recato, pues fué recatadísimo en grado supremo; pedía incesantemente a Dios en su oración que no tuviese nadie que manosear su cadáver, para vestirle los ornamentos sacerdotales, con que quería y tenía dispuesto que su cadáver fuese amortajado. Dios, que le había hecho la gracia de la revelación de su muerte, parece que escuchó su oración y colmó sus santos deseos.»

Eran las ocho de la mañana del día 25 de septiembre de 1910. D. Hermenegildo, terminada la hora de meditación y de preparación, procedió como de ordinario a revestirse en el oratorio de familia los ornamentos sacerdotales para celebrar la Misa. Al terminar de revestirse, un ataque fulminante de apoplejía serosa le hizo caer muerto repentinamente y, llamado de prisa el sacerdote, sólo pudo administrársele la Extremaunción *sub condicione*. Tenía 60 años de edad, había cumplido sus 37 de sacerdocio y había sido párroco de San Asensio durante 25 años. Su partida se conserva en el Tomo 8.º de defunciones de la Parroquia de Pedroso. Todos cayeron pronto en la cuenta, pasado el primer estupor, de que aquella muerte repentina era una gracia de Dios, generosamente otorgada para colmar aquellos repetidos y santos deseos.

Pronto corrió la noticia, y el duelo fué general. De sus antiguos feligreses, así de Pedroso, como de Bobadilla y de San Asensio, fueron legión los que vinieron a despedir a su párroco y asistir a su entierro y funerales. Tuvieron lugar estos en la parroquia al día siguiente, y acudieron a ellos muchos sacerdotes y entre ellos los párrocos de Ledesma, Bobadilla, Baños de Río Tobía y otros. A continuación, en cumplimiento de su última voluntad, se celebraron misas durante nueve días seguidos, y después las Misas Gregorianas.

También en la parroquia de San Asensio, se celebraron muy luego solemnes funerales, y pocas serían las personas que dejaron de asistir al último homenaje que tributaba a D. Hermenegildo su querida parroquia.

Entre los objetos de su propiedad se hallaron sus instrumentos de penitencia. Ya alguna vez, según he dicho, sus familiares sorprendieron alguno de ellos por dejárselo olvidado, cuando entraban en su habitación, en su ausencia, para limpiarle el calzado. Dios dispuso las cosas de suerte que, antes de morir, se olvidase de hacer desaparecer los instrumentos de sus penitencias.

Honores póstumos

Es verdaderamente lamentable el olvido en que quedan la vida, virtudes y hechos notables del poco apreciado sacerdocio secular, o es que Dios nos quiere santos por ese camino del poco aprecio y grande olvido.

A la muerte de D. Hermenegildo, el Boletín Eclesiástico, después de dar cuenta brevísima de otra defunción, añadía estas palabras: «También falleció, el 25 de dicho mes, (de septiembre) en Pedroso, el Sr. Cura Párroco de San Asensio D. Hermenegildo Tobías y Ruiz. R. I. P. (Bol. Ecco. 1910, página 288).

«Su cadáver, me dice el Sr. Cura de Pedroso, no ha sido aún exhumado; pero se sabe cuál es la sepultura donde están sus despojos.»

«Al inaugurarse el Hospital de San Asensio, me dice un feligrés de esta parroquia, como era muy natural que lo hiciesen, colocaron en su recibidor una fotografía de quien tantos desvelos se había tomado por él, del bueno de D. Hermenegildo; al entrar en aquella habitación, muchas mujeres del pueblo, que le habían conocido, se santiguaban devotas y decían públicamente: Este señor era un santo. Y desfilando ante el cuadro, besaban la fotografía. Lástima, me añade, que esta labor de escribir la biografía de don Hermenegildo nadie la emprendiese poco después de su muerte. Los recuerdos edificantes de su vida, sus admirables hechos y sus obras de caridad hubieran sido abundantes y muy provechosas.»

* * *

Párroco tan venerable, tan celoso, de vida tan ejemplar, en cuyos escritos espirituales tanto podemos aprovechar y aprender los demás sacerdotes, ¿no merece un homenaje del Clero Diocesano y que en su recuerdo se ponga una lápida y que para sus restos se erija un panteón?

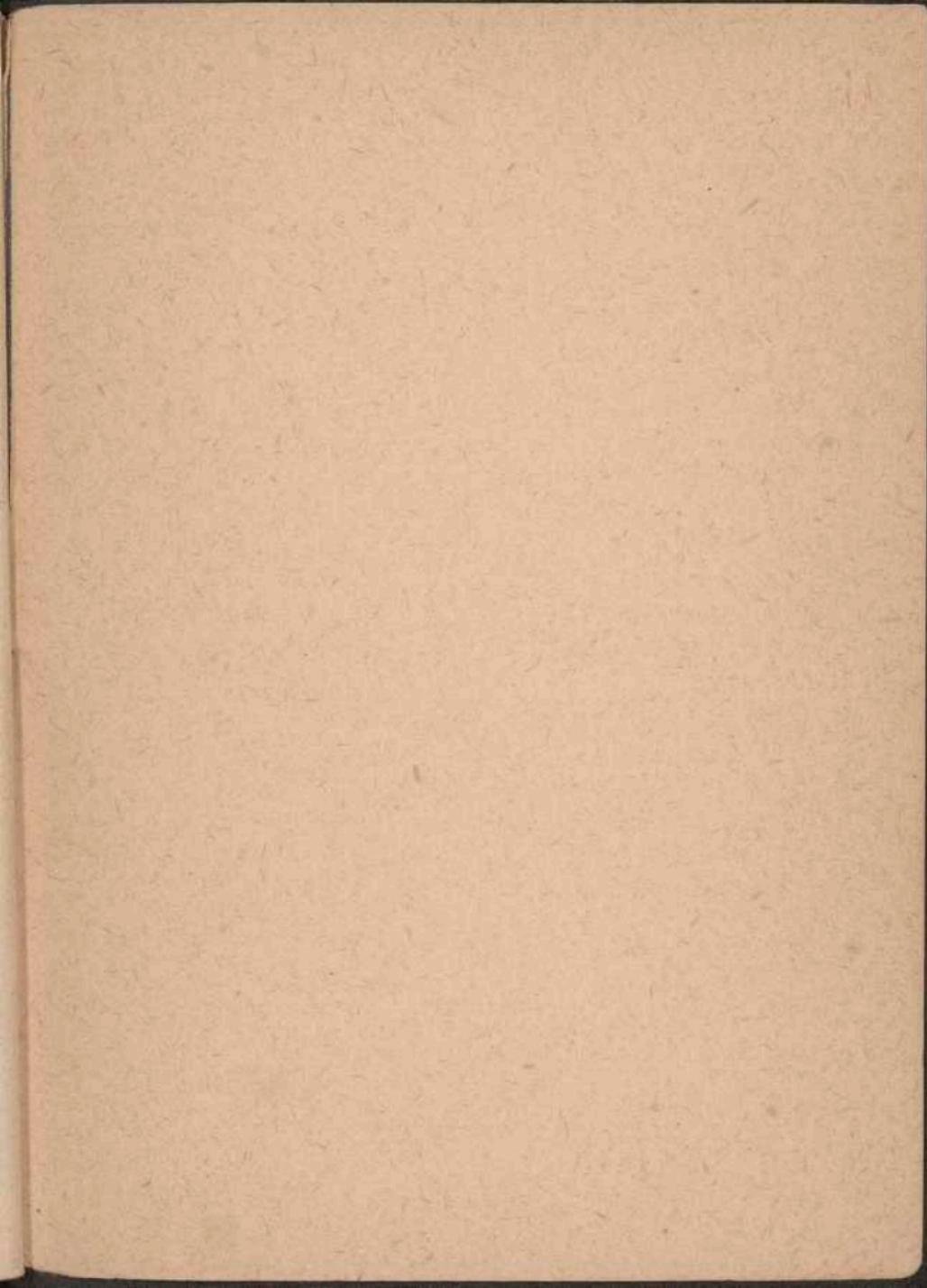
¿Y no merece también que en su honor se funde una Beca para que, con ella y al calor de su recuerdo y vida ejemplar, perennemente se vayan formando sacerdotes que perpetúen su sacerdocio y persona, y sean los perpetuos continuadores de su vida admirable?

INDICE

| | <u>Páginas</u> |
|---|----------------|
| <i>A modo de introducción</i> | 3 |
| Familia y primeros años | 5 |
| A los once años | 7 |
| El Párroco en ciernes | 8 |
| Hacia el Sacerdocio | 11 |
| Ecónomo de Bobadilla | 14 |
| Desea ser jesuita | 17 |
| Párroco de Pedroso | 20 |
| Nuevos deseos de ser religioso | 22 |
| Virtudes en ejercicio | 24 |
| ¿Y los frutos? | 27 |
| Días felices | 29 |
| Cnra de San Asensio | 31 |
| A los pies de la Virgen | 33 |
| El Catequista | 36 |
| Hojas y Nuevas Hojas de Catecismo | 38 |
| Sus Catecismos | 41 |
| Si viene... lo degollamos | 41 |
| El tercer misionero | 44 |
| Relación ejemplar | 46 |
| Moralidad | 46 |
| Piedad | 47 |
| Cumplimiento pascual | 48 |
| Cofradías | 49 |
| Bulas | 51 |

| | |
|-------------------------------|----|
| Sagradas Reliquias..... | 52 |
| Sacramento..... | 52 |
| Cementerio..... | 53 |
| Hospital..... | 54 |
| Obras pías | 56 |
| La sordera..... | 57 |
| Gérmenes nocivos | 58 |
| Predicación..... | 59 |
| Santificar la familia..... | 60 |
| El buen párroco..... | 61 |
| Cariño de sus feligreses..... | 62 |
| La Cruz y el Sacerdote..... | 63 |
| La santidad..... | 65 |
| La propia miseria | 66 |
| Hacia el ocaso..... | 67 |
| De algunos testigos..... | 69 |
| El aviso | 72 |
| Ya viene el Esposo..... | 73 |
| Consultas..... | 77 |
| Testamento ejemplar..... | 79 |
| La Caja de Caridad..... | 82 |
| Muerte y entierro..... | 83 |
| Honores póstumos..... | 85 |





R
12857

Biblioteca de la UCLM



10000422080

Precio: 1,50 ptas.